Radio Nederland Training Centre

RNTC

En torno a la adolescencia:
construcción social y participación ciudadana

Daniel Prieto Castillo

2003

San José de Costa Rica

1. Presentación

"En épocas no tan remotas, los chicos se interesaban por aprender cómo se encendía un fuego con dos palitos o piedras. Pero los adolescentes de hoy en día, e incluso sus hermanitos más chiquitos, apuntan a otros saberes. Por ejemplo, cuál es la mejor máscara facial para relajar el rostro y cuál es el plato más nutritivo y sano para enfrentar con energía un día que combina exámenes y cuentas, clases de tenis, de piano y español por la tarde, eventuales llamadas telefónicas y e-mails para planificar las numerosas citas del día siguiente. Resultado: mucho estrés. Remedio: tratamientos estéticos anti-estrés.

La "era de la inocencia", desdibujada por la competencia y devorada por la voracidad del consumismo, se está convirtiendo en el blanco de muchos comerciales y mercados tradicionalmente focalizados en un público adulto. Según la revista Time, una de las industrias que decidió recientemente sumarse a la carrera por seducir a esta generación de chicos que ya no son tan chicos pero que todavía no son adultos es la de la salud y el bienestar. Los masajes, los tratamientos estéticos y los cursos nutricionales destinados a los que tienen menos de 18 años están experimentando un verdadero apogeo en unos 10.000 "spas" de los Estados Unidos donde no sólo papá y mamá pueden disfrutar de sus servicios de relax, sino también hijos y nietos.

El año pasado, entre los 33 millones de adolescentes norteamericanos, gastaron cerca de 20.000 millones de dólares en productos de belleza y salud. La razón de este éxito, según los operadores del sector, es que el estrés hoy no perdona a nadie. Y ahora en lugar de vacaciones en el campo o salidas con los amigos, los jóvenes y los chicos optan por un par

de horas y por qué no una semana en una "granja de belleza" para recuperarse de la cotidianeidad cargada de fatiga."

Material tomado de "En los EE.UU. son un boom las "granjas de belleza" para adolescentes estresados", artículo de Alexandra Retico, diario Clarín de Buenos Aires, 23 de julio de 2003.

Comenzamos este texto dedicado a la adolescencia con esa cita para hacernos la siguiente pregunta: ¿de qué seres hablamos cuando nos referimos a las y los adolescentes? Tenemos claro el período al cual hacemos referencia: entre los 12 y los 18 años, al menos en lo que corresponde a los procesos más turbulentos de desarrollo. Pero no sabemos casi nada de lo que encierra el mismo en relación con las transformaciones psicológicas, culturales y sociales. Y sobre todo **conocemos muy poco las diferentes adolescencias**, según el nivel de ingresos económicos, el país en el cual se producen, las relaciones que se establecen con el mundo adulto en distintos contextos.

Frente a ese consumo por unos 20 mil millones de dólares en un año, nos corresponde reconocer en el extremo opuesto a quienes no tienen casi para sobrevivir en su día a día, en medio de carencias generales de buena parte de la población y de situaciones de creciente abandono.

Y también nos corresponde reconocer que existen en nuestros países centroamericanos franjas de adolescentes, siempre minoritarias, que se ubican cerca de esos parámetros de hiperconsumo indicados en el artículo del diario Clarín.

Este texto se dirige a quienes tienen contacto con adolescentes, padres y madres, educadores de enseñanza formal, educadores de niños, niñas y adolescentes de la calle, trabajadores sociales, agentes de salud y otros profesionales. Pero de manera especial nos interesa orientar el análisis hacia el intercambio de puntos de vista y experiencias con los

padres y madres. ¿Motivo? Aun cuando llevamos décadas, más de un siglo de reconocimiento de lo que significa la relación en el interior de la familia, los problemas de crianza y de contención de niños, niñas y adolescentes tienen una presencia innegable.

Un poco de historia

Hace más de un siglo, exactamente en el año 1900, Sigmund Freud publicó su libro *La interpretación de los sueños*. Detengámonos, antes de continuar con nuestras reflexiones, en la figura de ese importante pensador austríaco, nacido en 1856 y muerto en 1939. Mucho se ha escrito sobre él y mucho se ha difundido de sus propuestas de una manera estereotipada. No nos detendremos a aclarar nada de esto, nos interesan su profunda mirada sobre la construcción de la personalidad de los seres humanos en el seno de la convivencia de los más pequeños con los adultos.

El autor señala reiteradamente en la obra citada que **una buena relación en la niñez, una buena contención, una buena interacción, aseguran seres con capacidad de abrirse camino en la vida**. Cuando esto no ocurre, cuando por diversos motivos sobrevienen la violencia y el abandono, la preparación para la existencia se vulnera, al punto de dejar seres con serias heridas que se arrastrarán por largo tiempo.

No podemos plantearnos la participación de la adolescencia en la sociedad, sin partir de la herencia que ella recibe de todo lo acumulado a lo largo de la niñez. En esto, como veremos en detalle más adelante, no hay saltos. No es posible pretender un acercamiento al comienzo de esos cambios tan profundos, si no se ha logrado una continua relación desde los primeros momentos de la vida.

Y como este texto se dedica a analizar las posibilidades de inserción en la vida social, afirmamos desde un comienzo que el camino hacia la ciudadanía, la formación de un futuro ciudadano entendido como alguien capaz de integrarse creativamente en

determinado contexto, dueño de sus derechos y de sus capacidades para gozar de los beneficios de la sociedad y de aportar sus mejores energías, se vienen gestando desde la más temprana niñez.

La formación de los padres y las madres para acompañar a sus hijas e hijos es prácticamente inexistente en la educación formal, al menos en todo el sentido que tiene el papel que cumplirán a la hora de criar niños y de acompañarlos hasta su ingreso al mundo adulto. No negamos la existencia de propuestas valiosas, pero **una educación de padres y madres para cumplir con sus labores debería constituir una preocupación central para cualquier sociedad**.

Sabemos, y no podemos dejar de mencionarlo, que la cuestión no es sólo educativa. El abandono y la falta de interacción con los niños, niñas y luego con los adolescentes, no es producto sólo del desconocimiento de los adultos. Está presente también el constreñimiento del tiempo que se les puede dedicar. Si algo ha vulnerado las relaciones en las últimas tres décadas, ha sido la ruptura de los espacios mínimos de certidumbre y de seguridad económica, lo que ha llevado a padres y madres a buscar alternativas de supervivencia fuera del hogar. Y ello no corresponde sólo a los sectores más empobrecidos. También sectores de las clases medias se han visto obligados a dejar cada vez más el espacio de la familia para salir a competir en los respectivos contextos.

La socialización

Todo ello significa **la disminución del tiempo de socialización, algo vital para la supervivencia de cualquier sociedad y de cualquier familia.** Cuando falta tiempo, faltan las oportunidades de interactuar, de compartir, de dialogar, de relacionarse, de estar juntos, en definitiva, para construir la vida cotidiana y para construirse como personas.

La socialización va quedando en manos de otros actores sociales y de la omnipresencia de los medios de comunicación masiva. Veremos más adelante lo que esto significa. Digamos ahora que **la familia ha venido perdiendo vertiginosamente su papel socializador**, con lo que han ganado presencia otros actores del contexto de los adolescentes.

Y, en fin, corresponde hacer referencia a los problemas que se plantean en el interior de las familias. En la reflexión que nos ocupa no podemos ser ingenuos, el ideal de contar con el abrigo de la familia no significa desconocer los casos en que la misma se convierte en un espacio de agresión de los adultos, de algunos de ellos, al resto, en especial a los más débiles, como niños, niñas, adolescentes, mujeres y ancianos.

Hemos trabajado este tema en el libro escrito para RNTC *Todas las guerras. Reflexiones sobre la historia y la práctica de la violencia*. Traigo aquí uno de sus párrafos:

> "Nada peor para un grupo humano que un acostumbramiento a los mil rostros de la violencia. Nada peor que una resignación o un desentendimiento. Cuando más aceptada está la violencia, más violenta se vuelve una sociedad. Ejemplos en el plano internacional no nos faltan, pero tampoco en la vida de cada país, ciudad, familia incluso."

La familia también se puede convertir en un espacio donde son vulnerados los derechos y negadas las vías de participación y de construcción de relaciones democráticas. **No se logran relaciones orientadas a la construcción de personas integradas al contexto social bajo el modelo y la práctica de la violencia**. Aún cuando puedan darse todas las explicaciones del caso (hijo de padres golpeadores también serán golpeadores, las frustraciones en el contexto se descargan en la familia, la tradición de formas autoritarias de relación y de trato fuerza a ese tipo de agresión, sin mayor conciencia del daño que hace…), en los hechos niños, niñas y adolescentes sufren serios daños en su capacidad de integrarse a la sociedad y de relacionarse.

En fin, la presencia de niños, niñas y adolescentes en la calle, abandonados a ellas. Las cifras son terribles: alrededor de 40 millones en los países latinoamericanos. ¿Qué hacer ante tal realidad? En algunos puntos de la región se han concretado soluciones extremas: el asesinato a cargo de verdaderos escuadrones de la muerte, dedicados a la cacería en el seno de las ciudades. En otros casos, en el extremo contrario, se cuentan las numerosas organizaciones dedicadas a ofrecer educadores y educadoras de niños de la calle. Es difícil remontar tanto abandono para hablar de adolescencia y democratización. No es la violencia la que orientará a esos seres hacia una integración en la vida social.

Este texto que ponemos a su disposición, se dirige a reflexionar sobre la adolescencia en nuestro tiempo, tomando en consideración los problemas propios del contexto contemporáneo y los esfuerzos que realizan distintas organizaciones, además del protagonismo de los propios jóvenes. Estamos ante una cuestión plena de complejidad y de oportunidades para el acompañamiento del mundo adulto.

Contenidos del manual

Una primera aclaración para referirnos a un tema como el planteado en el título de este manual, "En torno a la adolescencia: construcción social y participación ciudadana": **el material se dirige a personas adultas**. Nuestro propósito es aportar a la comprensión de quienes oscilan en edades entre 12 y 18 años, en dirección a una mejor convivencia y a una ampliación de los espacios de construcción de seres humanos como actores sociales y como ciudadanos.

La democratización y el ejercicio de los derechos humanos, no se resuelven sólo desde el punto de vista político, en el sentido usual del término. El camino pasa sin duda por regulaciones y oportunidades generales para toda la población, pero si no se lo liga a lo que sucede en las relaciones inmediatas, en el seno de la familia y de los grupos de

pertenencia, el logro de los ideales planteados en constituciones, leyes y declaraciones puede frustrarse.

El material que ofrecemos se organiza en cuatro momentos:

- situación de la adolescencia en nuestros días;
- versiones generalizadas en torno a la adolescencia;
- las voces adolescentes;
- adolescencia, ciudadanía y democratización.

Como veremos enseguida, no le propondremos un itinerario puramente intelectual, en el sentido de desarrollar aspectos teóricos y de hacer el esfuerzo de lectura de documentos. Por supuesto que ofreceremos conceptos, pero nos interesa fundamentalmente el destino de los mismos, es decir, de qué modo usted los empleará en su contexto y en sus relaciones con las y los adolescentes. De ese modo, los cuatro capítulos del texto se organizarán en torno a recursos para la reflexión y a experiencias, tanto tomadas de distintas situaciones vividas en nuestros países como llevadas adelante por usted mismo a través de lo que denominamos "prácticas de aprendizaje". El conocimiento, en el campo que nos reúne en este texto, es básico, pero no suficiente: **al conocemos debemos sumar el hacer**.

Situación de la adolescencia en nuestros días

> En la primera parte ofreceremos una reflexión sobre lo que viene sucediendo con millones de adolescentes en nuestro medio, tomando en consideración la creciente concentración de la población en las ciudades y el desplazamiento de la familia como ámbito de socialización de las nuevas generaciones. Daremos especial importancia a la manera en que se construyen las percepciones en los grupos adolescentes, a partir de la presencia de los pares y de la cultura urbana y

mediática. Reconoceremos divisiones sociales en quienes forman parte de ese grupo etario, tomando en consideración el concepto de **"moratoria social".** Esto nos llevará a hacer referencia a lo que sucede en el contexto de las ciudades: adolescentes con todas las posibilidades económicas y adolescentes abandonados a sus fuerzas y a la calle. Será de suma importancia aquí la referencia a todo lo acumulado por cada individuo antes de entrar a la adolescencia, en lo que se denomina "espesor cultural" y "espesor de vivencias". Las referencias a la violencia y a los entornos de convivencia permitirán reconocer distintas situaciones.

Versiones generalizadas en torno a la adolescencia

En un segundo momento abordaremos las versiones generalizadas, que corresponden a situaciones vividas en los respectivos contextos y a lo que proponen la tradición y la cultura mediática. Reconoceremos versiones de tipo estetizante, ligadas a la oferta mediática, tanto a través de personajes paradigmáticos como de incitaciones al consumo; el mercado adolescente tiene una fuerte presencia en la cultura de masas. Aludiremos a series televisivas protagonizadas por adolescentes, a fin de identificar los valores que proponen. Un punto central en esta reflexión es el de los modelos sociales. Una segunda línea de versiones se relaciona con la adolescencia como posible espacio de la violencia, tanto por la ruptura con el mundo adulto como por las agresiones directas, fundamentalmente en contextos urbanos. Como forma de control de esos desbordes, aludiremos al discurso identitario, tomando en consideración cuestiones que incluimos en nuestro libro *Todas las guerras. Reflexiones sobre la historia y la práctica de la violencia*. Finalmente, nos detendremos en el miedo a la adolescencia, que puede entroncarse con análisis como los realizados con respecto al miedo a la libertad y a la vida; siempre ese miedo tomado desde la mirada y la sensibilidad de los adultos.

Las voces de la adolescencia

Las voces de la adolescencia nos permitirán reconocer cómo se ven a sí mismos quienes forman parte de ese grupo etario. Documento imprescindible será la encuesta realizada por UNICEF en el año 2000, representativa de más alrededor de 100 millones de seres latinoamericanos, de entre 10 y 18 años. También retomaremos otros testimonios, tanto producto de investigaciones como de manifestaciones directas de adolescentes. Interesa aquí rescatar la mirada sobre sí mismos y sobre el mundo adulto y la realidad en general, a la vez que las propuestas que las y los adolescentes hacen para ser considerados en el contexto social y para abrir caminos a su construcción personal. Sin tales voces no podríamos seguir la reflexión, porque es desde ellas que necesitamos abrir en el mundo adulto la comprensión. Tema central aquí es el de la construcción de la identidad. Todo lo que está favor de ese proceso y todo lo que presiona el contexto social para frustrarlo. Y, ligado a ello, los caminos que en la adolescencia son seguidos para construir alguna identidad personal y grupal.

Adolescencia, ciudadanía y democratización

La última parte del manual, "Adolescencia, ciudadanía y democratización", llevará el análisis al ejercicio de los derechos, dando especial importancia a la construcción del discurso personal y grupal y a las alternativas participación y de convivencia. Existen muchas experiencias valiosas en el contexto de América Latina que nos servirán de base para mostrar lo que se puede hacer con una buena orientación y con una actitud pedagógica. Este último punto constituirá el cierre de nuestro texto: una pedagogía de los adultos hacia las y los adolescentes y de éstos entre sí. Nada más lejos de nuestro interés que una actitud educadora tradicional. De lo que se trata aquí es de plantear la práctica de la mediación pedagógica en las relaciones entre adolescentes y con adolescentes. Mediación en dirección al

> aprendizaje, entendido como: la apropiación de las posibilidades de la cultura y de uno mismo, como construcción de conocimientos y de relaciones, pero fundamentalmente como construcción de uno mismo; construir en el terreno de la educación es, en primer lugar, construirse.

En esa dirección orientaremos el cierre del manual, para dejar abierta la discusión sobre la tarea educativa de la sociedad hacia la adolescencia.

Forma de trabajo

El material ha sido organizado no sólo para ofrecer información, sino para lograr con usted, como nuestro interlocutor o interlocutora, una construcción conceptual y práctica. A lo largo de los cuatro capítulos presentados, le propondremos el análisis de situaciones a través de elementos teóricos y de información orientada al logro de la comprensión. Pero a la vez le pediremos que haga algo con lo que les vamos planteando. De trecho en trecho, usted encontrará propuestas bajo el título “Para practicar”. No nos interesa sólo la lectura y la comprensión de algunos puntos planteados en el documento. Lo importante no es conocer algo, sino también, y de manera fundamental, ponerlo en práctica. Por eso le pediremos que haga algo con lo que le proponemos a modo de reflexión.

Y, además, que no lo haga solo o sola, sino siempre en dirección a alguien: su familia, grupos de amigos, colegas de alguna institución. Y, sobre todo, en interacciones con las y los adolescentes. Lo importante es compartir algo tan lleno de sentido para la reflexión como las nuevas generaciones.

El material ha sido diseñado para su aprendizaje a través del estudio independiente, para su utilización en grupos de personas interesadas en el tema y también para ser empleado en cursos a cargo de un especialista. Por lo tanto, usted puede estudiar solo o sola, en grupo o participar en un encuentro organizado con objetivos y propósitos pedagógicos.

Cualquiera de las alternativas tiene todo el sentido; aspiramos a la socialización de los temas incluidos en el texto.

Desde los primeros años se vive un aprendizaje del amor y la ternura, y en no pocos casos también se vive un aprendizaje de la violencia. Necesitamos comprender lo que significa una buena construcción personal para orientar la existencia hacia la participación en la sociedad, hacia la construcción de la democracia. En todo ello los adultos tenemos un papel fundamental.

Comenzamos a trabajar. Gracias por haberse acercado a nosotros.

2. Una aproximación a la adolescencia

Para practicar

Partamos desde su mirada

Antes de comenzar esta primera unidad, nos interesa partir de usted mismo. Esto representa en realidad una primera regla pedagógica: partir siempre del otro, es decir, de quien se coloca como interlocutor de un proceso de enseñanza y aprendizaje. Nuestro propósito es ofrecerle reflexiones y propuestas en torno a la adolescencia y la participación ciudadana, pero queremos contar con su mirada sobre esta temática.

Por eso le pedimos que se detenga a reflexionar sobre su forma de percibir a las y los adolescentes en nuestro tiempo. Le proponemos, a modo de orientación, las siguientes preguntas:

¿Qué entiende por adolescencia?
¿Cómo era la adolescencia cuando usted la vivió y cómo es ahora?
¿Qué elementos positivos destaca de la adolescencia contemporánea?
¿Qué elementos negativos reconoce?
¿Qué diferencias ve entre las distintas adolescencias: las de grupos privilegiados económicamente, las de sectores urbanos de clases medias, las de sectores empobrecidos, las de sectores rurales?
¿Quiénes tienen mayor peso en la conducta de las y los adolescentes?

Son preguntas que usted puede ampliar. Lo importante es detenerse en su percepción, reflexionar sobre ella y producir un material escrito para compartirlo

con otras personas, ya sea en su familia, con sus vecinos o bien en espacios de aprendizaje grupal.

Los contextos

El primer texto de un ser humano,
es su contexto.

Esa primera afirmación tiene todo el sentido para el itinerario que le propondremos a lo largo de todo este material. Desde nuestro nacimiento estamos inmersos en un contexto que nos pide determinadas maneras de sentirlo, entenderlo y aceptarlo. La lectura comienza a los pocos días de vida, cuando el infante reconoce rostros, gestos, sonrisas. Así nace una lectura que no cesará en el resto de la existencia. Pero hay contextos y contextos, tanto por la variedad de situaciones a las que pertenecen como por lo que en ellos sucede.

Sobre dos líneas de análisis nos moveremos a lo largo de este material: el contexto familiar y el contexto social. Comenzaremos desde este último, desde lo más general, pero sin dejar en ningún caso de tomar en consideración lo que sucede en las relaciones más inmediatas de las y los adolescentes. En realidad, ambos puntos son inseparables en la trama de cualquier sociedad.

Si algo nos ha sucedido en los últimos treinta años, ha sido una transformación vertiginosa de los contextos en los cuales vivimos y crecemos. Décadas atrás la existencia transcurría en ámbitos más estables y previsibles, las cosas cambiaban más lentamente y las experiencias de las generaciones en sus distintas edades eran más similares.

Pero todo se transformó vertiginosamente y estamos viviendo, adultos y adolescentes, en nuevos contextos que nos exigen maneras diferentes de relacionarnos y de actuar. Veamos algunos de ellos:

- la pérdida de la totalidad;
- el descentramiento;
- la fragmentación;
- la vulnerabilidad;
- el estrechamiento del espacio público;
- el incremento de la violencia urbana;
- la velocidad.

Revisemos en detalle cada una de esas características de nuestra realidad. Queremos insistir: **de nuestra realidad**; estamos insertos en ellas, lo sepamos o no. Pero aún cuando no tengamos conciencia de tales formas propias del contexto, lo cierto es que las vivimos y a menudo las padecemos. No podemos pensar lo que sucede con la vida de nuestros hijos e hijas si no nos situamos en lo que ocurre a diario en la sociedad contemporánea. Las viejas miradas no son suficientes para comprender tantas transformaciones en las relaciones entre los seres humanos.

La pérdida de totalidad

Con la palabra *totalidad* aludimos a lo que podemos abarcar de lo que nos rodea. Pensemos en las ciudades de hace dos o tres décadas, al menos en las de Centroamérica, pensemos en las poblaciones pequeñas dispersas a lo largo y ancho de los países. Todo estaba organizado en esos tiempos a escala humana. Uno conocía la ciudad o la aldea en totalidad, no había nada que le fuera ajeno. Y conocía no sólo el presente, sino también la historia. Había una memoria de los espacios, las cosas y los seres humanos.

Hoy vivimos en ámbitos cuya totalidad se nos escapa. Conocemos itinerarios, pero no tenemos una mirada y una vivencia de conjunto. Hemos perdido el tiempo pasado, las espacios, objetos y seres se nos vuelven cada vez más extraños. El crecimiento de las ciudades, las migraciones, la ruptura de viejos espacios, contribuyen constantemente a esta pérdida de la totalidad.

El descentramiento

Ligado a lo anterior, por idénticas causas, vivimos en sociedades literalmente descentradas. Antes los espacios urbanos tenían un solo centro, un zócalo que servía de punto de referencia a todos los habitantes. **Hoy los centros se han multiplicado, con lo que la experiencia de totalidad se restringe todavía más**. Piénsese en barrios con supermercados, escuelas y hasta universidades. Piénsese en espacios a los cuales no hemos accedido porque no coinciden con nuestros itinerarios.

Una sociedad descentrada tiene consecuencias para la percepción y para la convivencia. Hay espacios negados a determinados tipos de habitantes, desde los caracterizados por el lujo hasta los colmados de miseria. Hay espacios diseñados sólo para el automóvil, en los cuales es casi imposible desplazarse a pie.

La fragmentación

Existen muchos estudios dedicados a la reflexión sobre el fragmento en la sociedad contemporánea. Con ese término aludimos a partes dispersas, que no aparecen conectadas a un todo. Si la ciudad ha perdido, para quienes la habitamos, su condición de totalidad, ello significa que la vivimos de manera fragmentaria, en tal o cual espacio. Lo mismo sucede con la información que de ella tenemos. Cuando nos desplazamos en un vehículo, pasamos por calles desconocidas de las que a veces nos sabemos ni siquiera el nombre.

A la fragmentación espacial se suma la fragmentación temporal. La historia tiende también a reducirse a fragmentos. Un ejemplo claro de esto lo dan determinados programas en los medios de comunicación masiva, por ejemplo, los de preguntas y respuestas. El interrogado para ganarse un premio debe pasar, de acuerdo con lo que le va pidiendo el animador o la animadora, de cuestiones como la vida de una estrella de la TV hasta quién descubrió determinado elemento científico, más el año de una batalla en el siglo XIX. Fragmentos, como los que vemos en los video clips que tanto consumen nuestros adolescentes.

La vulnerabilidad

Nada más débil que un ser humano. El hecho de que durante milenios nuestra especie haya ido creando formas de resguardo ante la naturaleza y ante los otros, muestra lo indefensos que estamos. **Este comienzo de siglo ha traído una situación de vida caracterizada por la extrema vulnerabilidad.** Los recursos de contención social se han ido volviendo cada vez más débiles, tanto en lo que a salud se refiere como a estabilidad laboral, a la dependencia a escala global, a la incertidumbre frente a lo que pueda suceder mañana.

Vivimos en un contexto de creciente incertidumbre y nadie escapa a ella, aunque hay sectores de la población con más reaseguros, debido a la desigual distribución de la riqueza. **Todo esos significa una pérdida de sostenes, en el sentido de lo que puede dar una base a la vida cotidiana,** a la disponibilidad de recursos para sacar adelante la existencia de los seres queridos y la propia.

La precarización de los servicios

Como una realidad para la cual no se estaba preparado, se ha vivido en muchos países latinoamericanos una retirada del Estado de sus funciones básicas de regulador de la vida social y, sobre todo, de responsable de servicios fundamentales para la población, como la salud y la educación. Esta precarización, expresada en el deterioro de los sistemas hospitalarios y en la decadencia de los establecimientos escolares, hace que se pierdan posibilidades de desarrollo. Cuando esto sucede, todo tiende a una acentuación del subdesarrollo, en el sentido de lo que significa no contar ni con los recursos materiales ni con la gente preparada para impulsar a determinado país.

En definitiva, la precarización vuelve más precaria a la gente misma, más sujeta al riesgo de enfermedades, a la postergación y pérdida de capacidad de comprender el mundo y de participar protagónicamente en él.

El estrechamiento del espacio público

Ciudades para vivir y ciudades para sobrevivir. La tendencia es a esto último. Una ciudad para vivir permite desplazamientos y lugares de encuentro entre sus ciudadanos. Una ciudad para sobrevivir está sujeta a la circulación, al riesgo de la violencia y al deterioro y la reducción de los espacios públicos. Cuanto más gana la batalla el automóvil, cuanto más se estrechan los lugares donde la gente puede socializarse, más deshumanizadas resultan las ciudades.

Pensemos en lo que significa vivir prácticamente entre rejas, para evitar el riesgo de la calle, como en el caso de los niños en muchos barrios de nuestras ciudades. Pensemos en lugares donde no es posible desplazarse a pie, porque están destinados a la presencia incesante de los automóviles. Pensemos, en fin, en toda la presión para reducir nuestras vidas al seno de la propia casa, porque fuera de ella aparece todo como inseguro. Y si, como veremos más adelante, la adolescencia se caracteriza por un anhelo, entre otros, por la libertad, los desplazamientos y la socialidad entre jóvenes, nos queda reconocer los

obstáculos que la conformación del tejido urbano y de la vida contemporánea ponen a esos anhelos.

El incremento de la violencia urbana

Frente a cuestiones como las que hemos venido planteando, era predecible para cualquiera que quisiera analizar el desarrollo de las sociedades, que llegaríamos al grado de violencia que hoy caracteriza la vida en las ciudades. Y no sólo la violencia directa, consistente en agresiones al otro, en crímenes, en todo tipo de delitos, sino también la violencia cotidiana, expresada en el deterioro de las relaciones, en la tensión ante problemas laborales, en la falta de solidaridad y de sensibilidad ante verdaderas tragedias humanas. Es violencia la tolerancia, como si fuera algo natural, de la presencia de millones de niños y adolescentes de la calle, es violencia la tolerancia de cada vez mayores proporciones de la población lanzada a los brazos de la miseria.

Vivimos todos en sociedades violentas y desarrollamos todos formas de protección ante tanta incertidumbre, desde los sistemas de seguridad en las viviendas de los ricos hasta las redes de solidaridad en distintos grupos carenciados.

La velocidad

Estamos insertos en contextos donde todo transcurre al borde del vértigo. Se trata de una aceleración de los tiempos y de las respuestas que nos exige la vida diaria. Esto se aprecia con toda crudeza en el tránsito, pero también en los desplazamientos en distintos espacios donde todavía se puede caminar. Todo se va reduciendo a tránsito, a un movimiento destinado a llevarnos de aquí para allá, sin detenernos casi para gozar de la comunicación con otros seres.

La velocidad ha ganado también el ámbito de la cultura mediática, tanto a través de películas que hacen culto de ella (la serie de Matrix, por ejemplo), como de la forma en que nos muestran ahora las noticias.

La velocidad está en relación directa con el tiempo que necesitamos para vivir. Cuando se nos exige salir de la casa durante horas y horas para casi sobrevivir, el tiempo de compartir con los seres queridos **se estrecha a tal punto que sobreviene la distancia, aún viviendo bajo un mismo techo**.

El mundo de y para la adolescencia

Pues bien, es ése el mundo en que vivimos en que viven nuestras y nuestros adolescentes. ¿Estábamos, estamos preparados los adultos para vivir en él? Los hechos, las situaciones por las que atraviesa buena parte de la población, nos muestran que no. El vértigo de las transformaciones, muchas de ellas dirigidas a vulnerar nuestra estabilidad y nuestra vida cotidiana, nos ha atrapado y a menudo no hemos tenido respuestas adecuadas para sacar adelante nuestras existencias.

Y si eso nos sucede a nosotros, ¿qué podemos decir de los más jóvenes? Hay quienes argumentos que ellos están mejor preparados, porque se adaptan rápidamente al lenguaje de las computadoras y tienen energías frescas para moverse en los distintos escenarios de cada país. Pero las cosas no son tan sencillas: **no se trata sólo de reaccionar más rápido, sino con más seguridad, con más referentes**, con más sostenes para el crecimiento y la consolidación de la identidad y de la vida cotidiana.

Este texto se dirige a la reflexión sobre la adolescencia y su participación en la vida social, en dirección a la construcción de ciudadanía y a la democratización. Estamos ante un largo camino y los años de ese período de la vida pasan demasiado rápido. ¿Es posible ejercer esos derechos en medio de sociedades tan complejas, caracterizadas por puntos como los

presentados? Si a los adultos nos cuesta ejercer nuestros derechos, qué podemos pensar de lo que sucede con nuestros adolescentes, la mayoría de ellos sujetos a condiciones de vulnerabilidad, de precariedad debido a la mala distribución de las oportunidades que debe brindar a todos toda sociedad.

La realidad en la cual nos movemos es por demás compleja y para enfrentarla, para desarrollarnos en ella y abrir el camino al desarrollo de nuestros hijos y nuestras hijas, se requiere una larga preparación que no es posible improvisar cuando se inicia ese período de la vida.

Para practicar

Una mirada a nuestro contexto

Con los temas tratados en el bloque anterior, hemos propuesto algunas líneas dominantes en nuestros contextos urbanos, de las cuales ya no están ajenas los contextos rurales. Como nos interesan mucho sus percepciones, le proponemos ahora que se detenga a reflexionar sobre su propio contexto, aplicando algunas de las categorías mencionadas o bien incorporando otras que usted considere necesarias para ampliar la comprensión.

No le pedimos que el enfoque sea sólo hacia los problemas. Es posible que en su reconocimiento de las condiciones de vida en que se encuentra, identifique elementos positivos y oportunidades de desarrollo que no hemos mencionado en nuestro análisis. Lo fundamental en esta práctica, es situarse ante la propia realidad y analizarla en sus riesgos y en sus oportunidades.

Como le indicamos en la práctica anterior, será de sumo valor que vuelque por escrito (o en un gráfico si lo considera necesario) el resultado de su reflexión y lo comparta con otras personas y también con sus hijos o hijas.

En torno a la cultura familiar

Aludimos hace un instante a lo que sucede con una persona antes de su entrada a la adolescencia. Se trata de por lo menos diez o doce años de vida durante los cuales **se han acumulado vivencias, conceptos, percepciones, modo de relacionarse y de sentir**. No nos extenderemos en demostrar lo decisivo de esos años para la construcción de una personalidad sana y preparada para la vida social. Ya señalamos lo que proponía Freud hace más de un siglo, Durante la pasada centuria se mostró, a través de teorías e investigaciones, todo lo que significan esos años para la construcción de un ser humano.

El punto central de dicha construcción pasa por la cultura lograda en el seno de las relaciones correspondientes a ese período. El concepto de cultura es por demás amplio. Acá lo utilizamos **como sinónimo de cultivo**. Pues bien, el punto central de dicha construcción pasa por lo que se cultiva en el seno de las relaciones correspondientes a ese período. El ámbito privilegiado de esa construcción es la familia, en todas las variantes contemporáneas: conformadas por un padre, una madre y los hijos a hijas, o bien en familia extensa, lo que significa la presencia de abuelos, de otros parientes; o las caracterizadas por la ausencia del padre y, en mucha menor proporción, de la madre.

¿Qué se puede cultivar en diez o doce años de convivencia?

Personalidades dignas, seguras de sí mismas, con autoestima, con apertura al mundo a través de conceptos que permitan pensar y no de estereotipos que cierren los caminos a la comprensión, con tolerancia hacia la diferencia, con capacidad de escucha y con una expresión trabajada, libre y plena de alegría de vivir.

Es ése el ideal y no dudamos de su posibilidad de logro en muchas familias, cualquiera sea su composición. Si no se hubiera dado o no se diera ese logro, la sociedad se habría convertido hace ya muchos años en un campo de batalla sin solución.

Cuando el ideal se hace realidad, tenemos una cultura familiar consistente. Podemos decirlo de esta manera: tenemos un valioso, insustituible *espesor cultural*.

> *Usamos la expresión espesor cultural para referirnos a todo lo atesorado durante la infancia, precisamente como un tesoro que acompañará a quien lo posea durante toda su existencia.*

La cultura familiar así construida se aprecia a la distancia en la seguridad, la mirada, la capacidad de confianza, la desenvoltura de niños y niñas.

Por supuesto que no nos referimos a una forma de relación caracterizada por la perfección, con total ausencia de problemas y de conflictos. Pero estamos en estos casos ante una voluntad permanente de convivencia, ante una entrega de tiempo para la interacción, la escucha, el diálogo, el goce de estar juntos. Niñez contenida y acompañada, no abandonada.

Cultivo de la violencia

Lamentablemente, hay otras alternativas para ese cultivo. La más lascerante consiste en el cultivo de la violencia. Hemos trabajado este tema en el libro mencionado antes[1]. Retomo algunas afirmaciones:

[1] Prieto Castillo, Daniel. *Todas las guerras. Reflexiones sobre la historia y la práctica de la violencia*, San José de Costa Rica, Ed. RNTC, inédito.

> “Hay una parte de la población que constituye su lado más débil. Nos referimos a los niños, las mujeres y los ancianos. Hay sociedades y familias que terminan por ensañarse con esos sectores a menudo desvalidos. Ensañamiento por abandono, por una injusta distribución de los recursos, ensañamiento por indiferencia y ensañamiento por violencia directa.
>
> Frágiles como individuos, frágiles como grandes grupos, los seres humanos necesitamos unos de otros para sobrevivir y para construirnos precisamente como humanos.
>
> Cuando hablamos de los sectores más débiles nos referimos a niños y niñas, mujeres y ancianos. Pero también, con toda fuerza, a los excluidos del reparto de las riquezas, a quienes soportan el hambre y la miseria como una carga cotidiana.
>
> No podemos pretender el logro de ninguna civilización sobre la base de esa precariedad, de esas agresiones a los más débiles. No se construye civilización sobre la base de una sociedad profundamente humillada, con grandes mayorías de seres abandonados a su suerte y con el ejercicio cotidiano de la violencia.”

¿Qué puede esperarse de una relación de ese tipo cuando se produce la entrada a la adolescencia? ¿Qué puede esperarse antes de ese período de la vida? A medida que se gana en fuerzas, que se va conformando un ser con energías y capacidad creciente de decisión y de autonomía, la violencia puede incrementarse, debido al intento de continuar controlando a quien se ha sometido desde la niñez.

Se llega con muchas heridas a la adolescencia a causa de ese cultivo de la violencia y difícilmente se puede predecir un desarrollo pleno, con alegría y con libertad cuando pesa de modo semejante el pasado.

Otra forma de violencia corresponde al abandono. El grado extremo es el de los niños y las niñas de la calle, más de 40 millones en la región latinoamericana. Ese verdadero escándalo social ha terminado por ser naturalizado, como si tales niños, niñas y adolescentes fueran parte del paisaje cotidiana. Existen, no podemos dejar de reconocerlo, organizaciones nacionales e internacionales dedicadas a busca alternativas, pero los esfuerzos siempre presentes no son suficientes para contener esa creciente presencia, ese escándalo para cualquier grupo humano.

Al abandono extremo se suma el abandono a lo largo del día, debido en gran medida a la necesidad de los adultos de salir del hogar para ganarse la vida. **Los niños abandonados constituyen un antecedente muy penoso de los adolescentes abandonados**. No hay milagros para salvar tal forma de abandono, cuando los años pasan sin compartir, sin construir la cultura familiar (cultura de experiencias, de encuentros, de comunicación, de comprensión, entre otras posibilidades), se hace casi imposible recuperar el tiempo perdido y crear un entorno familiar unido.

Al abandono a la calle se suma, con todas sus consecuencias, el abandono a la televisión. Siempre escuchamos la queja en relación con lo que la televisión hace con nuestros niños. Pero hay una pregunta previa, sin la cual corremos el riesgo de no entender nada de esas relaciones:

¿qué hacemos los adultos con los niños?

Podríamos añadir ¿qué hacemos y qué dejamos de hacer?

Si los chicos nunca nos vieron tomar un libro o leer un diario, mal podemos quejarnos luego de su poco interés por la lectura. Si nos pasamos los fines de semana frente a la pantalla sin hablarles, mal podemos protestar por el tiempo dedicado por ellos a la

televisión. Si desparramamos violencia en nuestros gestos y palabras, mal podemos atribuirles a los mensajes masivos sus inclinaciones hacia la violencia.

Y no estoy adhiriendo aquí a la descalificación en masa de la televisión. Lo que sí me interesa destacar es nuestro papel *entre* ella y el niño que habla de nuestra relación con el niño.

Vida cotidiana

> *La cuna del sentido de los niños es su vida cotidiana. Y, en sus primeros años, su vida cotidiana somos nosotros.*

No nos interesa andar aquí a la caza de los culpables. Pero sí reflexionar en torno de las responsabilidades por la relación con la televisión y con la realidad en general.

Nadie crece en un espacio químicamente puro, sino que lo hace dentro de una cultura, de un universo de sentido. Aprendemos palabras, gestos, en determinadas situaciones; una frase tiene un significado, una mirada otro. No aprendemos nunca cosas, aprendemos el significado de las mismas. Y es ésa una de las exigencias que nos pone la sociedad desde nuestros primeros años de vida.

Muchos autores no se cansan de insistir en que el niño hace progresos fantásticos en los iniciales tramos de su existencia, recorre a gran velocidad lo que a la humanidad le costó miles y miles de años lograr. Cierto es, pero ese recorrido no supone solo la adquisición del lenguaje, la internalización de reglas de cortesía, la capacidad de orientarse en el espacio inmediato, sino, fundamentalmente, la apropiación de un universo de significados que lo acompaña a uno por el resto de la existencia.

La familia constituye la caja de resonancia más inmediata de cualquier sociedad y de cualquier grupo. Los significados familiares son a la vez significados sociales, encarnan las maneras de ser y de reproducirse de una sociedad. En su inflexión particular de cada espacio familiar, esos significados constituyen el sentido dado a la realidad por diferentes grupos.

El sentido es, pues, la visión del mundo y de uno mismo, producto de la historia personal y de la historia social. En ocasiones aquélla pesa sobre ésta: una relación muy autoritaria, muy violenta, puede marcar a alguien para siempre.

Si los medios de comunicación, y en especial la televisión, nos ofrecen sentidos, nos colman a cada instante con todo tipo de propuestas significativas, la posibilidad de una mayor influencia está dada por la menor formación que el destinatario tiene para enfrentarlos. Y no me refiero sólo a conocimientos sobre sus reglas discursivas o sobre sus trampas ideológicas. Aludo fundamentalmente a seres que **han vivido en contextos ricos de sentido, que han podido dialogar con sus padres y crecer en el diálogo**, que han sido escuchados, que han tenido oportunidades de compartir y de jugar, de apropiarse del mundo con el apoyo de sus mayores.

Cuando abandonamos a alguien a la televisión o a cualquier medio de comunicación, en realidad lo estamos abandonando también a la calle, a la soledad, a la falta de comunicación. El medio de comunicación es sólo uno entre muchos ámbitos donde van a dar los abandonados, los miles de miles de niños abandonados, aún cuando vivan en una casa, cuando estén bien alimentados y bien vestidos.

Reconocemos los riesgos de los medios de comunicación: su excesivo juego con la violencia, sus intentos de dejarlo todo en la superficie, su fragmentación, su falta de relación con nuestro contexto..., pero ellos no son ni más ni menos riesgosos que la calle o que cualquier ámbito de la vida de un niño. **La clave está en las relaciones con los**

mayores, en el logro de un hogar, de una comunidad de comunicación y de sentido, que no ha cesado de deteriorarse en estos tiempos de crisis económicas y de lucha por la supervivencia.

Lo cultivado en la adolescencia

Y si todo eso falta en la niñez, si el abandono se continúa durante años, la entrada a la adolescente estará en gran medida marcada por ese abandono.

Sabemos que en un determinado momento las y los adolescentes necesitan independizarse, dejar su condición de niños, sentir, medir sus propias fuerzas, incluso confrontándose con nosotros los adultos. El problema está cuando muy poco se ha cultivado antes de ese momento crucial, de esa crisis profunda en el ser, de esa búsqueda de una identidad y de un lugar en el mundo.

Y, como parte del objetivo de este libro, nos situamos en el terreno de la búsqueda de relaciones no autoritarias, de creciente capacidad de decisión, de autonomía, de participación y de orientación a la democratización, el problema se hace todavía más complejo. ¿Qué podremos esperar en los casos en que todo eso ha sido negado, no ha formado parte de la vida cotidiana de los niños, no se ha sentido lo que significa compartir, ser escuchado, ser respetado en las opiniones?

Se habla en nuestro tiempo del terrible individualismo de los jóvenes, de su indiferencia ante las cuestiones sociales, de su falta de interés por lo público, por las relaciones ciudadanas. Y se atribuye esto a una suerte de signo de los tiempos: vivimos oleadas del denominado *posmodernismo*, que significa una forma de existencia más preocupada por sí misma que por los demás. Pero esa actitud no surge como por magia, ha sido cultivada sistemáticamente a lo largo de años en el seno de la familia y de la sociedad. Si se llega a eso, es porque se vivió así antes, se aprendió (por indiferencia o por violencia) a no sentir

el propio contexto, a verlo como si fuera el espacio válido sólo para la propia supervivencia, a menudo sin que nada importen los otros seres humanos.

Traigo aquí un ejemplo por demás claro de esta manera de ver la vida, lo he tomado de una publicidad:

EN AFRICA...
Una gacela despertará sabiendo que tiene
que correr más rápido que el león
más lento para no ser comida

También en Africa, un león despertará sabiendo
que tiene que correr más rápido que la
gacela más lenta para no morirse de hambre...

En este nuevo amanecer estamos listos
para correr junto a su empresa, como siempre,
y le aseguramos
que en hábitat de los negocios
seremos los más veloces.

La vida social es vista en ese ejemplo como un espacio propio de la violencia de esa versión de la selva. Para llegar a una actitud semejante, para considerar a los otros de esa manera, hacen falta muchos años de preparación, mucha acumulación de percepciones, de modos de ver el mundo y de verse a uno mismo y a una misma.

La cuna de esas percepciones es sin duda la familia; pero en nuestro tiempo esa cuna es compartida de manera creciente por los medios de comunicación masiva. En una tarea cotidiana, omnipresente, llegan a esos seres que apenas están entretejiendo su existencia,

su conciencia, sus miradas, propuestas de modelos sociales a imitar, a considerar válidos, normales, deseables.

Y, lo sabemos muy bien por los programas que conocemos en nuestros respectivos países, esas propuestas no suelen traer reflexiones ni alternativas para impulsar hacia la participación, la cooperación, el ejercicio de los propios derechos y la democratización. Más bien están plagados de estereotipos sobre las relaciones entre miembros de una sociedad y entre las parejas y los hijos y las hijas.

Debemos aclarar que los temas que venimos proponiendo no terminan por despedazar cualquier posibilidad de libertad. Marcamos con ellos tendencias y huellas que a menudo tienen mucho peso en quienes las han vivido, pero el ser humano crea siempre alternativas de superar su pasado, de construir caminos personales a pesar de tanta presión de la familia, los medios y el contexto.

Para practicar

Una mirada a lo que heredan nuestros hijos

Esta práctica sin duda no es fácil, debido a que le pedimos una reflexión sobre la cultura familiar de la cual usted forma parte, sobre las situaciones de acompañamiento o de abandono, sobre lo que puede suceder, o está sucediendo, con las y los adolescentes tomando en consideración lo que vivieron antes de entrar a ese período de la vida.

No le proponemos esta práctica como una forma de buscar culpas o de confrontar entre lo que uno aportó y los posibles problemas que se tienen en el presente con la convivencia. Nos interesa de parte suya una lectura de la propia cotidianidad a

fin de reconocer en ella tanto aciertos como posibles desaciertos, en tren de impulsar una buena comunicación con hijas e hijos.

También es posible en esta práctica trabajar con otras experiencias, sean de otras familias o bien tomando en cuenta un programa de televisión que muestre relaciones familiares. En este último caso le sugerimos analizar, como una preparación para la unidad siguiente, cómo son presentadas las interacciones, qué versión se da de las y los adolescentes y los adultos.

En todos los casos, le sugerimos una revisión dirigida a un panorama general, es decir, a abarcar varios años con la mirada.

Síntesis

En esta primera unidad nos hemos detenido en lo que significan el contexto familiar y social, con toda la complejidad de nuestro tiempo. Nunca fue sencilla la vida para los seres humanos, pero pareciera que el presente las cosas se han complicado en demasía, al punto de que en algunos casos parecen fuera de control.

No hemos planteado una visión totalmente negativa de la sociedad, pero tampoco podemos desconocer la realidad contemporánea, caracterizada por la pérdida de totalidad, el descentramiento, la fragmentación, la vulnerabilidad, el estrechamiento del espacio público, el incremento de la violencia urbana y la velocidad. Somos parte de ella y no es bueno, si se quiere tener una actitud activa hacia las y los adolescentes, hacer como que no existe, como que todo se solucionará mágicamente. Por el contrario, necesitamos conciencia y protagonismo, como adultos y como ciudadanos, para sacar adelante la vida en condiciones tan difíciles.

Nos detuvimos también en la entrada a la adolescencia, a partir de la experiencia vivida durante los años anteriores, en la niñez, dentro de una familia, en relación con determinada oferta de los medios de comunicación masiva y con la mirada puesta en lo que han podido esos niños y niñas ejercer sus derechos para continuar luego en el período que va de los 12 a los 18 años.

Vimos que uno de los graves problemas de la sociedad contemporánea es el abandono de los niños y niñas a los medios de comunicación, el tiempo que no pueden dedicarles las adultas y los adultos, el abandono a la calle, la violencia durante años a causa de una personalidad autoritaria en el seno de la familia. Todo esto presenta un panorama nada alentador en la sociedad contemporánea en los países latinoamericanos.

Como señalamos, no pretendemos generalizar a toda la adolescencia y a todas las familias esas dolorosas situaciones. Las familias resisten y niñas, niños y adolescentes, como veremos más adelante, les reconocen un enorme valor para sus vidas. Junto a esas duras condiciones de existencia, la vida sigue su curso y el amor y la cultura familiar se sostienen, incluso en situaciones de pobreza.

Planteamos la necesidad de que los adultos (usted, nosotros) no perdamos nunca de vista lo que significa esa **acumulación de experiencias, de buenos momentos, de comunicación, escuchas, alegrías de vivir, juegos de lenguaje, relatos, para la vida futura de las niñas y los niños**.

Nadie pretende lograr un ideal permanente, porque siempre hay conflictos y problemas a resolver en el seno de las familias. Pero cuando quienes soportan el peso de todo son los más débiles, niños y niños, la proyección hacia el futuro no suelen ser muy alentadoras.

En el capítulo siguiente, como le anticipamos al comienzo, nos detendremos en las versiones sociales de la adolescencia, en lo que se dice de las y los jóvenes de esas edades,

para reconocer la presencia de estereotipos y de acercamientos a lo que realmente ocurre.

Le pedimos que participe en esa fase de nuestro trayecto con la mirada atenta a lo que significan esas versiones, sobre todo cuando ellas pueden condicionar las relaciones y el trato a las y los adolescentes. En el análisis retomaremos lo que sucede con la oferta de los medios de comunicación masiva, pero ahora con el propósito de acercarnos a lo que figura en tanto modelo social, es decir, en discursos verbales, gestos, conflictos, personajes incluidos en diferentes programas.

Esto nos permitirá asomarnos a lo que las y los adolescentes vienen recibiendo desde años en el seno de sus hogares y también lo que les traen programas hechos exclusivamente para ellos, ya que se ha descubierto hace años esa etapa de la vida como consumidora de mercancías.

3. Versiones generalizadas en torno a la adolescencia

La juventud en general, y la adolescencia en particular, han aparecido durante el siglo XX como un ámbito difícil de controlar, como si su sola presencia en la vida social significara la posibilidad de rupturas que los adultos deben evitar a cualquier precio. La adolescencia se asocia así a un amplísimo grupo humano que podría poner en riesgo la estabilidad y el equilibrio del mundo de los adultos.

En esta unidad nos detendremos en distintas maneras de concebir a la adolescencia, las cuales tienen fuerte presencia en nuestros países. Llamamos *versiones* a esas maneras. Veamos en primer término lo que dice el diccionario:

- modo que tiene cada uno de referir a un mismo suceso;
- cada una de las formas que adopta la referencia a un suceso;
- interpretación, lectura de un acontecimiento o de un sujeto.

Por lo tanto, la versión siempre tiene un contenido de relatividad, si algo versa sobre algo, habrá que recordar que **no debería alzarse como la verdad** sobre ese algo.

¿Quién tiene la verdad sobre la vida, las percepciones, las conductas, las relaciones de las y los adolescentes? No pretendemos responder esa pregunta, pero sí detenernos en versiones que tienden a levantar un muro de incomprensión, y a menudo de incomunicación, con ese amplio sector de la población. Las versiones tomadas como verdades llevan a enormes dificultades en los posibles y necesarios apoyos de los adultos a quienes están en situación de construirse como personas y como ciudadanos.

Hay muchas versiones y situaciones que necesitamos superar:

- la imagen de una juventud homogénea, basada en unos pocos estereotipos;

- el discurso identitario;
- las formas de relación basadas en el paternalismo, el control y la reducción a situaciones de infantilización;
- la escasa posibilidad de ejercicio de la propia palabra, de la apropiación de los recursos del discurso y de su práctica;
- los límites impuestos a la apropiación de información para enfrentar y resolver la propia cotidianidad;
- la invisibilidad de las distintas identidades juveniles;
- la percepción en términos de crisis y de riesgo, recuperación de formas positivas de concebir a las y los adolescentes.

Todo esto aparece en distintos contextos sociales como una suerte de constante, tanto por el modo de ver de muchos adultos, como por las condiciones de vida impuestas a los seres que nos ocupan.

Revisemos versiones

Para avanzar en la revisión de las versiones, debemos primero aclararnos qué significan los siguientes temas :

adolescencia homogénea;
discurso identitario;
paternalismo y control;
invisibilidad de las distintas identidades.

No se trata sólo de un ejercicio intelectual, en el sentido de que usted amplíe sus conocimientos Le propondremos un camino conceptual, pero ligado a experiencias que nos permitan comprender lo que vamos presentando para la reflexión. Nos detendremos también, de modo fundamental, en sus percepciones, en sus conocimientos y vivencias en

torno a los distintos temas que iremos desarrollando. Lo importante es que podamos marchar juntos, porque la búsqueda de alternativas para la vida de tantos seres nos une en este camino.

¿La adolescencia es homogénea?

Respondemos la pregunta: de ninguna manera. Tenemos dos caminos para aclarar esta negativa: por un lado, las condiciones de vida de las y los adolescentes, y por otro lo que se dice y muestra de ellos en los medios de comunicación masiva.

En el primer caso no hay mucho que pensar: no es igual la adolescencia de alguien perteneciente a las altas capas sociales de la población que la de quien está en situación de vivir en la calle. Para el primero todo está organizado para vivir un período sin sobresaltos económicos, con recursos para seguir modas y frecuentar espacios donde se interactúa con otros seres de la misma condición social. A menudo se tiende a mostrar esa adolescencia como la única, por ejemplo, a través de los modelos ofrecidos por la televisión. Estamos ante vidas privilegiadas, para las cuales cuenta la expresión "moratoria social", en el sentido de todo un período de la existencia en el cual no hay mayores obligaciones, se reconocen y toleran las crisis y los caprichos y se deja pasar la vida a la espera de que venga la madurez, a lo que se añade la postergación en el ingreso a las obligaciones del mundo adulto.[2]

Esto se hace extensivo, con menos privilegios sin duda, a los sectores medios de la población, que de todas maneras en la mayoría de nuestros países son también una minoría.

La cuestión es preguntarse por las grandes mayorías de los adolescentes en la región, es decir, por quienes pertenecen a la parte más empobrecida de la sociedad. ¿Se puede

[2] El concepto fue propuesto por Mario Margulis. Se trata de un tiempo intermedio en el que algunos sectores de la sociedad, fundamentalmente de clases pudientes, postergan el paso al mundo adulto.

mantener el concepto de "moratoria social" cuando desde antes de los diez años comienzan a extremarse las habilidades para vivir y para aportar a la familia? ¿Hay tiempo para años de espera a fin de que llegue la madurez, cuando es preciso salir a trabajar?

"… sólo hablando de Latinoamérica, existe una gran cantidad de tipos de poblaciones jóvenes: tenemos a los jóvenes de la gran alta burguesía, a los jóvenes de los estratos medios urbanos, jóvenes de estratos medios rurales, de estratos bajos, de las clases obreras urbanas o bien de los campesinos empobrecidos, jóvenes trabajadores y los diferentes tipos de jóvenes marginales rurales y urbanos, en los que pareciera que ya debemos incluir a los niños de la calle."

Arévalo Solórzano "Croquis para algún día".

Y todas esas diferencias no significan sólo modos de comportamiento distintos a la hora de la relación con los adultos y entre los propios pares. Significa fundamentalmente modos diferenciados de ingresar a la sociedad, de vivirla, de gozar de sus beneficios, de apropiarse de la oferta cultural en determinado contexto. No hay una sola adolescencia porque no hay una sociedad homogénea en todos sus estratos, y esto marca de manera profunda el modo de integrarse al todo, de participar y de ejercer los derechos.

La influencia del discurso identitario

Ha trabajado este concepto en el libro *Todas las guerras…*, citado anteriormente.[3] Necesitamos traerlo aquí para comprender en qué contexto de interpretación sitúan a menudo los adultos a los adolescentes.

El concepto alude a la consideración del otro, de los otros, tomando en cuenta desde dónde se los mira, juzga, valoriza. Se ha denominado a una mirada incapaz de ver al otro

[3] La base del mismo está en el libro de Tzvetan Todorov *La conquista de América, el descubrimiento del otro*, publicado por Ed. Siglo XXI,

desde su cultura y sus razones, experiencias y sentires, *discurso identitario*. Un discurso que coloca todo del lado de quien mira, de quien juzga, de quien atribuye ciertos valores, ciertos saberes, ciertas conductas, y niega otros.

Reconocemos el ejercicio del discurso identitario hacia los adolescentes, desde los siguientes puntos:

- la identificación con la violencia;
- la identificación con la anomia y el desorden;
- la identificación con el puro goce;
- la identificación con el riesgo y la vulnerabilidad;
- la condena a ser un simple tránsito.

La identificación con la violencia

De atenernos a la prédica constante en buena parte de los grandes medios de comunicación, las ciudades estarían a merced de una violencia sin márgenes, protagonizada por los jóvenes. Pero se trata de una mínima mancha en el oscuro océano de la violencia social. No son los jóvenes quienes han quebrado estados enteros, quienes han destruido sistemas de salud, quienes han debilitado hasta las raíces los sistemas educativos, quienes vacían los países moral y económicamente. Si la corrupción es una clara medida de la violencia social, nuestros jóvenes son un océano de paz en un mundo diseñado por los adultos en el poder.

El discurso identitario insiste en que desde la niñez amplios sectores de la población pasan a ser violentos, peligrosos, como si representaran una permanente amenaza a la sociedad. El ingreso a la adolescencia significaría convertirse paulatinamente en un amenaza.

La identificación con la anomia y el desorden

La anomia, caracterizada como "notable desviación respecto de una norma", aparece encarnada en las jóvenes y los jóvenes. En realidad, históricamente se ha vivido un corrimiento de las edades. Porque la posibilidad de desviación fue atribuida durante siglos a los niños. Para corregir esas "desviaciones" se propone el ejercicio de la violencia.

La anomia y el desorden, cuando existen en el caso de los jóvenes, son efectos y no causas. Porque a la base de ellos están el abandono generalizado, la destrucción de la familia, la pauperización de países enteros.

La identificación con el puro goce

También resuenan voces en relación con el abandono de las y los adolescentes al puro goce, como si no hubiera mañana, como si ninguna responsabilidad social pudiera tomarse, como si sólo contara su corporalidad, su vida centrada en el instante presente.

No nos consta en abandono al goce y al desenfreno, ni la presencia de una energía descontrolada que pondría en riesgo la estabilidad de la sociedad. Nos consta el miedo adulto a esa energía, la envidia adulta incluso, con aquello de apostar todo al no envejecimiento, a idealizar la juventud eterna en la pantalla en la obsesión de no dejar pasar la edad y, a la vez, el castigo a los jóvenes en las relaciones sociales.

La identificación con el riesgo y la vulnerabilidad

Otra forma del discurso identitario pasa por el empecinamiento en relacionar adolescencia con riesgo y vulnerabilidad, como si todo quedara en el terreno de seres que deben ser protegidos, porque por sí solos nada pueden hacer.

Nadie discute el abandono y la existencia de situaciones de riesgo, pero la prédica en torno a ellas va atada a un intento de reducir a millones de seres a situaciones ancladas en una niñez eterna, en el sentido de la dependencia y de la falta de capacidad de decisión.

Nos consta que eso no es así, nos consta un riquísimo abanico de experiencias en las cuales las y los adolescentes construyen experiencias, se relacionan, toman decisiones, con toda la madurez que una mirada adulta no suele reconocerles.

Vale la pena detenernos aquí en el concepto de *infantilización*. Se trata de algo a lo que son forzados muchos jóvenes.

Llamo **infantilizar** a pedirle a alguien algo por debajo de sus capacidades y potencialidades; a proponerle tareas humillantes para su edad y su inteligencia; a echar por tierra su imaginación; a tirar hacia abajo; a desanimar el espíritu de aventura, en el sentido de aventura del conocimiento, de aventurar la propia palabra, la propia iniciativa y la propia creatividad.[4]

La condena a ser un simple tránsito

El diccionario Salvat es lapidario:

> *adolescencia*: "Época de la vida que marca la transición entre la niñez y el estado adulto."

En esos largos tiempos se abren los caminos de la ciudadanía, de la construcción social entre pares, de la ruptura de límites impuestos a la expresión y a la imaginación, de la magia del encuentro con el propio cuerpo y con el ajeno, de los espacios de goce de la relación con los otros.

[4] Los textos de Lev Vygotsky han aportado mucho a la comprensión de la formación de la cultura humana.

Como puede usted apreciar, el discurso identitario cierra el camino a la comprensión y la convivencia, porque coloca todo del lado de la mirada de los adultos que ejercen o pretenden ejercer poder sobre seres que buscan un lugar en la vida.

Para practicar

Reconozcamos el discurso identitario

Los temas que hemos desarrollado con relación al discurso identitario están muy presentes en la vida diaria de la población, a través de actitudes, de percepciones y de formas de relación en el seno de la familia y de la sociedad en general.

En esta práctica le sugerimos que se detenga en la identificación de algunos de ellos, ya sea en sus experiencias inmediatas o bien en lo que se muestra a través de los medios de comunicación masiva. Hay programas de televisión en los cuales se presentan con toda fuerza rasgos del discurso identitario.

Lo importante es buscar ejemplos que permitan la reflexión y el análisis, a fin de avanzar en la toma de conciencia de lo que significa ese discurso en la vida diaria.

Paternalismo y control

En una línea cercana al discurso identitario, figuran el paternalismo y el control. Se trata, a través de ellos, del intento de hacer que los niños no crezcan, sobre todo psicológicamente, para que no se separen de las decisiones de los adultos.

Ya hemos aludido a la *infantilización*. El intento de no perder el control sobre la vida de los niños lleva a menudo a tratar de detenerlos en el tiempo, ya sea mediante formas de

seducción o bien a través de algún tipo de violencia. Todos conocemos casos en que los chicos se comportan como si tuvieran menos edad, en una actitud fomentada por los adultos.

Es que el paso a la adolescencia significa una ruptura de la vida de los niños y niñas y a la vez una ruptura también para los padres. Las situaciones de ambivalencia no las viven sólo los más jóvenes, sino también los mayores que a menudo no aciertan con la conducta adecuada.

Ya hemos visto el valor de la construcción de una cultura familiar durante la niñez, como soporte fundamental para una buena transición hacia la adolescencia. No es tirando hacia atrás, en el tiempo, como se puede apoyar a hijas e hijos a transitar esa etapa.

Invisibilidad de las distintas identidades

Con la cita de Solórzano incluida más arriba, hicimos referencia a la complejidad de la adolescencia, según se trate de distintos sectores sociales, del lugar ocupado en el reparto de la riqueza, de la necesidad de salir a sobrevivir o de contar con todos los recursos para tener un buen pasar, del espacio ocupado en la ciudad o en el medio rural, entre otras posibilidades.

Lo cierto es que esas divisiones en el seno de los grupos de adolescentes no suelen estar claras para los adultos. Por empezar, tenemos la versión ofrecida por los medios de comunicación social. Hay en el contexto de América Latina telenovelas protagonizadas por "estrellas" de 12 a 15 años, en las cuales aparece, como si fuera la única, una versión de la adolescencia correspondiente a sectores medios acomodados, sin otro problema que sacar adelante los estudios en la escuela secundaria y comenzar a tener novio o novia. En esas versiones se insiste en que a las y los adolescentes sólo les interesa estar bien

vestidos, ser populares, exitosos y desarrollar una capacidad de seducción. La vida consiste en pequeñas intrigas, en peleas, en si a alguien le roban el novio o la novia.

Otro tipo de versión por demás difundida es la identificación de la adolescencia con la violencia e incluso el crimen. Los medios se hacen eco a diario de situaciones en las cuales han participado menores de edad y propalan la idea de que éstos son siempre peligrosos.

Detrás de esas formas de percibir, hay un mundo de vivencias, experiencias, situaciones, muchas de las cuales no son para nada negativas ni tienen que ver con la reducción de la vida a seudoconflictos, como en el caso mencionado de las telenovelas.

Es necesario trabajar para la visibilidad de todos esos millones de seres que no forman parte de las versiones televisivas y que participan en la construcción de la sociedad.

Otras versiones

Resulta necesario insistir en las versiones ofrecidas por los medios de comunicación masiva en relación con la adolescencia. Además de los extremos presentados, telenovelas y violencia, podemos reconocer otras propuestas que sirven tanto para que las y los jóvenes se identifiquen con ellas, como para alimentar estereotipos vigentes en nuestras sociedades.

En primer lugar, nos referimos a la versión estetizante, en el sentido de la presentación de un mundo pleno de belleza, tanto por el tipo de chica o chico seleccionado como por los espacios y los ambientes donde se mueven. Todo esto se inscribe dentro del modelo de eterna juventud que ha cundido en los medios de comunicación: según esta versión no es bueno envejecer ni tener una figura acorde con determinada edad. Por ello se apuesta a que los mayores se parezcan a los jóvenes y que éstos, desde la adolescencia, se acerquen a las figuras de las y los modelos que propalan distintos programas.

Sin duda hay una relación directa de esas formas de comunicar con la incitación permanente al consumo. Ya vimos al comienzo de este texto lo que significan para el mercado norteamericano las y los adolescentes sometidos a estrés. La presión social ejercida por los medios puede causar estragos cuando la mirada hacia una o uno mismo se distorsiona a tal punto de caer en la imposibilidad de reconocer el propio cuerpo, como sucede con la anorexia y la bulimia, casos que ya se producen no sólo entre adolescentes, sino también entre niñas y niños menores de diez años.

Estamos ante un fuerte mercado que tiene como consumidores a las y los adolescentes, con todo lo que ello significa para la carga de publicidad y de promoción de modelos sociales a imitar.

En el caso de la televisión, un modelo social tiene la ventaja de aparecer a la vista, encarnado en determinado personaje. Es decir, no estamos antes algo que se predica desde las palabras, sino ante animadoras y animadores, actores y actrices, bailarines, músicos, etc., que se mueven, dialogan, actúan frente a nosotros. Esto les da una enorme posibilidad de llegar a los televidentes, sobre todo cuando se está en busca de formas de ser alguien en el seno de las relaciones sociales.

Los procesos de identificación tienen que ver precisamente con la búsqueda de la identidad por parte de alguien, en este caso de seres que dejan la niñez y se orientan a crearse una vida independiente. Para bien o para mal, esos modelos tienen influencia, como lo prueban las adhesiones masivas a propuestas de la cultura mediática.

No pretendemos descalificar todo lo que llega a través de la pantalla. Por el contrario, hay también en la programación elementos válidos, como en los casos en que la energía se canaliza a través de la danza y el movimiento, o bien cuando se hacen ver las posibilidades de participación que tienen las y los adolescentes en la vida social.

Pero no podemos dejar de reconocer la presencia de estereotipos que poco colaboran en el conocimiento de los derechos y en la posibilidad de impulsar la participación y la construcción de ciudadanía. En el camino de la superación de los mismos, de todas las versiones sobre las y los adolescentes analizadas en este capítulo, se hace necesario un aprendizaje de la vida y la cultura de nuestras hijas e hijos. Para esto a menudo corresponde renunciar a visiones que tenemos arraigadas, por años de creer en ellas, como si fueran parte de nuestro ser. Es que las mismas no nacieron de la nada, las fuimos aprendiendo incluso en el seno de nuestras familias.

Hacemos un llamado a **desaprender** esas versiones, tarea nada fácil, porque reclama revisar nuestros propios estereotipos para superarlos.

Síntesis

Los temas incluidos en esta segunda parte del texto se orientan a ampliar la compresión de los modos de percibir y de juzgar a las y los adolescentes en distintos contextos sociales. Es preciso insistir en ellos, porque los tenemos no sólo en el seno de la familia, sino también en una constante prédica, a través de palabras y de modelos sociales, en los medios de comunicación masiva.

Cuando se desconoce al otro, cuando se lo somete a las versiones que revisamos, pueden desencadenarse descalificaciones en bloque, como si todos quienes están situados en ese período de la vida no fueran otra cosa que amenazas a la estabilidad del mundo adulto, bolsas de conflictos, riesgos crecientes a medida que se avanza en la edad

Lo importante es la toma de conciencia, porque lo peor que nos puede suceder como adultos es acercarnos a esos seres en ese periodo de la vida a través de tales estereotipos.

Cuando esto sucede, las formas de comunicación tienden a dificultarse y en muchos casos se abre el camino a la violencia.

Una relación diferente pide un reconocimiento de lo que los otros son para superar lo que se dice y muestra de ellos como si fuera toda la verdad. Por eso es tan importante el concepto de invisibilidad. Estamos cerca de las y los adolescentes, pero a menudo no los vemos en su riqueza vital y en sus capacidades, para situarnos en el extremo de la descalificación e incluso el temor a sus conductas.

En la unidad siguiente nos dedicaremos a escuchar las voces de ese amplio sector de la población, para lo cual apelaremos a distintos documentos. Ello nos permitirá superar esas versiones que a menudo no muestran más que una mínima parte de lo que ocurre con millones de personas en el contexto de nuestros países.

Consideramos de suma importancia la escucha de tales voces, porque de eso se trata: de aguzar la percepción, de escuchar para comprender y para acompañar a quienes se abren camino por la vida.

Para practicar

Revisemos la cultura mediática

En muchas ocasiones se habla de los mensajes que ven las y los jóvenes sin mayor conocimiento de ellos. Esto lleva a menudo a una descalificación sin más, como si todo estuviera contaminado en una propuesta cotidiana que llega también a los adultos.

Para opinar, para dialogar con nuestras hijas e hijos, es preciso acercarse a lo que ellos viven y reciben de la televisión y de otros ejemplos de la cultura mediática, por ejemplo, las canciones que escuchan.

Por lo tanto, en esta práctica invitamos a usted a detenerse en la programación dirigida a adolescentes para conocer personajes, discursos y actitudes ante la vida. Insistimos en la necesidad de no ir a esos materiales con una predisposición a la crítica, como si todo fuera negativo.

La propuesta es la siguiente: ¿podría buscar un ejemplo positivo para la participación y la construcción de las y los jóvenes? ¿Podría buscar un ejemplo negativo?

Como nuestra preocupación fundamental es la participación y la comunicación con las y los adolescentes, aspiramos a que el material analizado se comparta con ellos, para abrir el diálogo.

4. Las voces de la adolescencia

Cuando se pretende tomar en cuenta a las y los adolescentes, no se soluciona todo con hablar de ellos. Se trata también de oír sus voces, escuchar sus razones y buscar respuestas a sus preguntas. Una actitud de este tipo no es posible para quienes se ajustan al discurso identitario o al paternalismo y el exceso de control. Para ellos sólo cuentan sus propias palabras, todo lo demás, si no se las respeta y obedece, forma parte de algo desconocido, de algo incapaz de comunicar otra cosa que rebeldía y riesgo.

En nuestro tiempo es posible acceder a las opiniones y voces de las y los adolescentes, ya que se han ido abriendo, no en la medida en que quisiéramos, canales de expresión inexistentes años atrás. Además, hay organizaciones que se han dedicado a recoger esas voces de manera sistemática. Para comenzar con el acercamiento a las mismas, partiremos de "La voz de los niños y adolescentes de América Latina y el Caribe", encuesta regional realizada por UNICEF en 1999.

El trabajo fue representativo de los 100 millones de niños y adolescentes de la región, con edades de 9 a 18 años: una muestra de 11.862 casos, con un 95% de confiabilidad. La encuesta se hizo en 1999.

Nos detendremos en algunas de las conclusiones y las comentaremos dentro de la orientación de este texto.

Pero antes queremos insistir en su reflexión.

Para practicar

¿Qué conoce usted de las voces adolescentes?

Hemos insistido en la superación de las versiones sobre esos seres en distintos contextos sociales. Ahora buscamos avanzar en la pregunta planteada para esta práctica. Sin duda usted tiene contacto con sectores adolescentes en su espacio de vida, ya sea por lo que sucede con organizaciones no gubernamentales o bien en distintas instancias donde se reúnen y actúan las y los jóvenes.

Seguramente ya se ha acercado a ellas en razón de que forman parte de las mismas sus hijas o hijos. Si no lo ha hecho, le pedimos que tome esa iniciativa a fin de aprender qué están proponiendo desde sus prácticas y sus voces.

Para ello no sólo será cuestión de hablar con los adultos responsables de esos centros, sino también, y de modo fundamental, con los propios protagonistas. Hay mucho que aprender de ellos, hay mucho que comprender.

Las voces a escala latinoamericana

Retomemos ahora la encuesta de UNICEF, que nos dará mucho material para la reflexión, sobre todo por los fundamentales temas tratados en ella. Le pedimos que no deje de recordar lo que sucede en su país y en su contexto de vida más cercano con los datos que a continuación le ofrecemos.

1. Más de la mitad de los entrevistados dijo no ser oído ni en la casa ni en la escuela.

   La cifra es por demás elevada, porque estamos hablando, siempre dentro de la proyección, de más de 50 millones de seres que sienten indiferencia o rechazo a su palabra. Si llevamos esto a lo que significa el derecho a la expresión y a la participación, nos encontramos con un muy alto porcentaje de personas a las

cuales se les están negando alternativas de comunicación, base fundamental de cualquier intento de construcción de ciudadanía y de involucramiento en la vida social.

2. Los niños y adolescentes expresan bajo nivel de confianza en los gobernantes y no se sienten importantes para ellos; no admiran a los políticos, sólo un 2% los menciona. Sus líderes son los cantantes, músicos o ídolos deportivos. En 27% no identificó ningún líder.

   Las respuestas muestran algo presente en nuestros países, el descrédito de la clase política. Pero en boca de niños y adolescentes esto resuena de manera terrible, porque ellos a la vez manifiestan que no son reconocidos en la importancia que tienen. Podría decirse que es hasta natural que surjan líderes como los indicados, en la medida en que son sentidos más cercanos a los gustos que se van desarrollando. Pero la cifra del 2% obtenida en relación a los políticos, es muestra de una percepción de la democracia nada alentadora.

3. Existe gran pesimismo entre niños y adolescentes en cuanto al futuro de sus países. Un 67%, que representa a 70 millones piensa que su país va a ser igual (34%) o peor (33%) en el futuro. Por el contrario, existe un optimismo en cuanto a la posibilidad de tener una vida mejor que la de sus padres.

   La cuestión del futuro es vital para cualquier ser humano; a medida que se crece comienzan a incrementarse las proyecciones, tanto personales como grupales. Es dramático que no se confíe en el futuro de los respectivos países; con esa mirada estamos ante la influencia de lo que pueden comentar los mayores en el hogar, pero también nos muestra la misma que los niños y adolescentes suelen estar más informados de lo que creemos. A la vez es importante la confianza en las propias

fuerzas para sacar adelante la vida, con aquello de considerar que tendrán mejores condiciones que las de sus padres.

4. El 26% de los encuestados denuncia una alta presencia de conductas agresivas en el hogar. Este porcentaje representa a 28 millones de niños y adolescentes.

   Hemos insistido a lo largo de este texto en lo que significa la violencia en el seno de la familia, sobre todo cuando se plantea la preparación de niños y adolescentes para ejercer sus derechos y para vivir en sociedad. Las cifras indicadas muestran lo lejos que se está de un respeto por los derechos. A esto se suma que cerca de la mitad de los entrevistados ya tuvo una experiencia cercana de robo y un tercio de asalto (familia, amigos o experiencia directa).

5. El 35% de los encuestados, equivalente a 36 millones de niños y adolescentes, declara no tener mayor información sobre sus derechos.

   El desconocimiento de los derechos es responsabilidad directa de los adultos, tanto por la violencia directa como por la falta de comunicación con los niños y adolescentes. No es sólo ausencia de información de éstos, sino también de muchos mayores que tampoco conocen algo tan fundamental para la vida de sus hijos e hijas.

6. Una tercera parte de los niños y adolescentes, que representa a 33 millones, se sienten desinformados sobre educación sexual, sida y prevención de consumo de drogas.

   UNICEF presenta esos temas como prioritarios para moverse en sociedades tan complejas como las presentes. Si los mismos son poco conocidos por millones de

seres, habrá que pensar en lo que sucede cuando se habla de otras cuestiones propias de la vida en sociedad.

Los dos puntos, el 5 y el 6, no son nada alentadores en relación con lo que significa participación en la vida social y el hecho de contar con la información necesaria para orientarse ante cuestiones de riesgo. Tenemos mucho que reflexionar sobre esas carencias y, sobre todo, mucho que actuar.

7. Para un tercio de los entrevistados es poco frecuente el sentimiento de felicidad.

Volvemos otra vez a los 33 millones de seres. Es dolorosa esta respuesta, porque si a algo aspiramos los seres humanos es a la felicidad. Aquí falla la familia, por todas las causas que hemos señalado, pero cuando millones de niños manifiestan algo semejante, la que falla es la sociedad en su conjunto.

La felicidad no se mide sólo en términos de goce, sino también en el hecho de sentirse alguien, de sentirse integrante de un grupo, de sentirse digno de respeto, de reconocer las propias energías y de vivir lo que significa entregarlas a determinado ideal. Todo esto forma parte de la vida en sociedad y de la cultura ciudadana que aparece vulnerada cuando no se siente la felicidad en la propia existencia.

8. Más de la mitad de los entrevistados afirma ser parte de un grupo organizado.

Este punto es también muy alentador, porque nos muestra un camino para la participación en el seno de la sociedad, a través de sus organizaciones intermedias. Cuando hay involucramiento en empresas de tal naturaleza, es posible apostar al reconocimiento mutuo, al respeto, a la escucha, a la colaboración, a la solidaridad.

La encuesta muestra con claridad muchas situaciones propias del contexto latinoamericano: los niños y adolescentes que trabajan constituyen el grupo más vulnerable de los encuestados. Se perciben a sí mismos como más desinformados en cuanto a sus derechos, son menos escuchados en su casa, sufren más la violencia en el hogar, tuvieron más vivencias cercanas al robo o al asalto.

Además: mayor sentimiento de desinformación frente a sus derechos, mayor número viviendo sólo con la madre, mayor proporción que no son escuchados ni en la casa ni en la escuela, más alta frecuencia de violencia en el hogar, mayor sentimiento de desinformación sobre educación sexual, mayor sentimiento de inseguridad.

También está claro: los derechos que se relacionan más directamente con la condición económica, aparecen más violados o desatendidos en los países y regiones más pobres; los entrevistados de origen rural están más desinformados y son menos escuchados en la escuela; los entrevistados de origen urbano resultan más afectados por la ausencia del padre y la violencia delicuencial, además de sentirse más inseguros; los que sufren mayor violación de sus derechos son personas que viven en países o áreas de pobreza, nacidos en una clase social desfavorecida, de raza negra o indígena y de sexo femenino.

A pesar de todas las dificultades experimentadas, la familia y la escuela siguen siendo consideradas por los niños y adolescentes instituciones fundamentales e insustituibles para su buena atención. Es notable cómo en la encuesta ambas son apoyadas como espacios fundamentales para la propia vida, aún cuando se las critique por no ofrecer lo que se espera de la convivencia cotidiana.

Toda la información reunida por UNICEF tiene que ver directamente con nosotros, los adultos. No podemos dejarla de lado, porque nos muestra una realidad en la cual estamos insertos y en las que se mueven nuestras hijas e hijos. Es verdad que, de acuerdo con lo señalado con respecto a la existencia de distintas adolescencias, no todos pasan, por

ejemplo, por esa situación de infelicidad indicada en los resultados. Pero dejar de lado tanto caudal de expectativas y de experiencia, no tiene ningún sentido, en la medida en que en una sociedad el bienestar de todos es siempre preferible al privilegio de unos pocos.

Por ese motivo, la voz de las y los adolescentes resulta fundamental para construir cualquier intento de transformación de las actuales condiciones sociales para avanzar hacia modos más solidarios y democráticos de convivencia. **No escuchar significa negar.**

Otras voces

La palabra de las y los adolescentes se hacen oír cada vez con mayor fuerza en distintos países latinoamericanos. Hemos seleccionado algunas de ellas, provenientes del contexto ecuatoriano. Se trata de testimonios publicados bajo el título *Por eso estamos aquí*, que fueron recogidos por el Instituto Nacional de la Niñez y la Familia, INNFA, y el Foro Ecuatoriano de Organizaciones por y con los Niños, Niñas y Adolescentes, durante el año 2002. Escuchemos esas voces:

> "Es que la enseñanza radica en eso, en comunicación. Si no nos escuchan, ¿cómo aprendemos?"

> "Que los profesores aprendan a escucharnos, por lo que siempre es así…ellos piensan que somos parte del aula, como que somos pupitres, pero no como personas que necesitamos, que requerimos un espacio de debate para formar nuestro criterio."

> "Nos enseñan a ser ciudadanos a través de clases de derechos y responsabilidades. Nos enseñan, pero no los respetan casi nunca."

> “En el colegio no nos enseñan en nada a ser ciudadanos, porque la ciudadanía debe expresarse y en el colegio no nos dejan expresarnos.”
>
> “Los profesores prefieren los alumnos que ellos puedan manipular a su antojo, que no reclamen lo justo, que no participen en algunas cosas, que sean callados.”
>
> “Querernos a nosotros mismos, porque si no nos queremos a nosotros mismos ¿quién nos va a querer? El respetarnos a nosotros mismos y querernos a nosotros mismos nos va a enseñar a salir adelante y a que las demás personas nos valoren por lo que somos.”

Como puede apreciar, en todos los casos hay una búsqueda de un lugar en el mundo, de un espacio para manifestarse y para construir el propio ser. Una de las claves fundamentales de esas voces figura en la última: el respeto a sí mismo y a sí misma. Cuando tal respeto ha sido minado, tanto en la escuela como en la familia, no es sencillo caminar con la frente alta por la vida. Alguien irrespetado siempre estará en una actitud de vigía, de alerta por lo que le pueda llegar del contexto. No podrá desarrollar confianza y no podrá apoyarse con libertad en los demás, porque tenderá a esperar una agresión o una burla. Lo terrible es que esa carencia de autoconfianza termina por deteriorar la capacidad de convertirse en un ciudadano, en alguien capaz de moverse con toda seguridad en el espacio público, en el sentido de apropiarse de lo que le resulte valioso para su vida y de aportar lo mejor de sí para la construcción de la vida social. La buena relación con los demás se nutre de lo vivido en el seno de la familia y de las instituciones que reúnen desde la niñez a los seres humanos. Ambos ámbitos son la cuna de una adolescencia rica en comunicación y en participación.

Veremos en el capítulo siguiente ejemplos de construcción de convivencia y ciudadanía por los propios adolescentes. Se trata de lo que en periodismo se denomina “buenas noticias”, dentro de tanta mala noticia difundida sobre esos amplios sectores sociales. La

ampliación del protagonismo de las nuevas generaciones significa un cambio en las relaciones propias de una sociedad. Eso no se produce en toda la amplitud que se merece, pero tenemos ejemplos, por demás alentadores, de lo que se puede hacer.

Para practicar

Escuchemos a las y los adolescentes

Hemos reconocido voces provenientes de distintos ámbitos. Ahora le pedimos que se asome a las de su contexto para escucharlas. No se trata de ir al encuentro de ellas sin preparación para el diálogo. Le proponemos que antes de reunirse con un grupo de adolescentes, reflexione en torno a los temas a tratar. Si se trata de personas que forman parte de una organización, es posible que el diálogo se facilite debido a que ellas tienen ya una práctica de la comunicación. Pero si se parte de un grupo reunido al azar, será preciso orientar la interacción para que sea fructífera.

¿Temas? Los que ellos y usted consideren convenientes, siempre dentro de la línea que venimos tratando: participación, construcción de ciudadanía, respeto mutuo.

La seudoparticipación

Es preciso mantener una mirada atenta ante lo que se presenta como participación en distintos contextos. Hay, por ejemplo, programas de televisión donde niños, niñas y adolescentes son llamados a participar dentro de las reglas impuestas por los adultos: para aplaudir, para bailar, para gritar, para mostrar alegría… No estamos en contra de la movilización de energía de seres que necesitan expandirse en todas direcciones, pero sí nos preocupa el modo en que se plantean las alternativas de participación.

Roger Hart (Universidad de Nueva York) reconoce formas de no participación de niños y adolescentes: participación simbólica, decorativa y manipulada.

La participación simbólica tiene lugar cuando niños y adolescentes se suman a actividades organizadas por adultos ejerciendo funciones de naturaleza puramente ceremonial u honorífica … En estos casos, los niños suelen aparecer como los representantes del futuro y no como personas de pleno derecho, en una etapa particular de desarrollo.

La participación decorativa tiene lugar cuando niños y adolescentes son llamados a adornar eventos por sus gracias y talentos. Sin embargo, nada de esto influye en la discusión de sus derechos.

La participación manipulada: los niños y adolescentes "participan" como ventrílocuos o marionetas, verbalizando ideas, haciendo gestos y tomando actitudes que reproducen la manera de actuar y de entender de los adultos, quienes, detrás de la escena, mantienen el control de aquello que se dice o hace.

La participación auténtica implica la creación de espacios y de mecanismos de escucha y participación de niños y adolescentes. Para ello es preciso concebirlos como fuentes, y no como simples receptáculos o portavoces de aquello que los adultos dicen o hace con relación a ellos.

Llamamos a las modalidades simbólica, decorativa y manipulada **seudoparticipación**. No faltan testimonios que muestran el modo en que se termina por fingir en esos casos. Las y los adolescentes convocadas a esas prácticas, terminan por sumarse a ellas con la conciencia de que no se los toma en cuenta más que para cumplir con los propósitos de los adultos.

A menudo en el mundo adulto se acaba por creer que esas maneras de relacionarse corresponden a un ensanchamiento de lo espacios de interacción y de participación, cuando en realidad lo que sucede es una reiteración de patrones culturales arraigados en el paternalismo e incluso en el discurso identitario.

Lo que está en juego aquí es fundamental, porque en las prácticas cotidianas se va forjando una manera de ser y de comunicarse. Pasaremos ahora a un tema capital en la vida de cualquier persona: la construcción de la identidad.

La construcción de la propia identidad

En el período de la adolescencia se pone en juego nada menos que la construcción de la propia identidad como persona. Estamos en un momento crucial de la vida, en el cual se arma nuestra manera de ser, para bien o para mal. Como vimos, esto no surge de la nada, sino que tiene relación directa con lo anteriormente vivido, con todo lo acumulado desde los primeros días de la existencia. Imposible una adolescencia sin conflictos y sin crisis, lo sabemos muy bien. Pero cuando no se avanza a través de ellos hacia la construcción de una identidad, de una individualidad con capacidad para moverse en este cambiante mundo, nos cabe la tarea de preguntarnos por lo que hemos podido aportar desde el mundo adulto a dicha construcción.[5]

Reproducimos a continuación un texto de Ego-CreaNET, sistema "on line" del laboratorio de Investigación Educativa de la Universidad de Florencia, Italia, cuya sede en el Perú ha creado el programa "Joven crea identidad"

[5] Es importante no confundir lo relativo a la construcción de la propia identidad, como logro un eje central de nuestra personalidad que nos permite formar parte creativamente con una sociedad, con el discurso identitario, que hemos caracterizado, siguiendo a Todorov, como una forma adultocéntrica de ver el mundo.

“El desarrollo más importante de la adolescencia es la propia individualidad, la propia identidad. Este proceso culmina en la adolescencia, pero el desarrollo humano como persona dura toda la vida.

El crecimiento del niño, incremento en peso y en talla es gradual, progresivo y continuo hasta que se produce el gran cambio de la adolescencia. La aceleración del crecimiento produce un salto hacia una nueva realidad: **el desarrollo** de nuevas capacidades y potenciación de recursos. Esto llega con **la crisis de identidad de la adolescencia.**

En la adolescencia el joven busca una definición de aspectos muy importantes y trascendentales para su vida en lo personal y en lo social:

En lo personal, y a través del ejercicio de roles, adquiere un sentido de sí mismo y de su identidad.

En lo social, la actuación y cooperación con los demás, el sentido de responsabilidad y el intercambio de valores y conductas.

Su desarrollo le permite alcanzar la capacidad de razonamiento abstracto, de una memoria más eficaz que conecta datos en una forma más amplia y de un desarrollo de la imaginación y de la percepción más creativa, todo lo cual le permite un aprendizaje más intencional y motivado.

En la proyección al futuro, con la elección vocacional.

En lo afectivo, la amistad, el amor.

Es a través de todo esto, que el joven busca una orientación para su propia vida, el sentido de la vida y de una imagen coherente del mundo.

Es importante en esta etapa que las influencias y estímulos que recibe lo ayuden a superar su crisis con una buena autoestima, la seguridad en sí mismo y por fin, logre una sana identidad personal."

Como puede apreciarse, en estas consideraciones se ponen en juego cuestiones que venimos viendo desde el comienzo. La crisis, presentada en algunos contextos como sinónimo de riesgo personal y para la sociedad en general, representa en realidad un paso fundamental en la construcción del propio ser, paso en el cual se compromete sin duda cada individuo, pero si se dan condiciones en el contexto, tanto familiares como de otras instituciones, ese camino se asegura un buen puerto de llegada.

Cuando, como hemos visto, se viene del abandono, de la reducción al mínimo de relaciones interpersonales, de la violencia incluso, la construcción de la identidad, es decir, del propio ser, se dificulta, a lo que se añade la búsqueda de sustitutos para la misma.

Los espacios de socialización no desaparecen porque sean negados en el entorno más inmediato de la vida cotidiana de las y los jóvenes. Siempre se buscan alternativas, aunque las mismas se alejen de los ideales que se plantean para la integración en la sociedad, el ejercicio de los derechos y las relaciones constructivas. Cuando se reconoce la presencia de pandillas juveniles y de sectas que incorporan a jóvenes en sus redes, no podemos plantear una culpabilidad en cada persona que busca en tales ámbitos un sentido para su ser. Se trata de seres abandonados a los cuales la sociedad no les brindó alternativas de contención y de desarrollo.

Para practicar

Sobre la construcción de la identidad

Como en el caso de los puntos anteriores, la identidad significa algo importantísimo para la vida de una persona, para su adecuada inserción en la sociedad.

Le pedimos en esta práctica que identifique cinco elementos que pueden atentar contra una adecuada construcción de la identidad y cinco que la favorezcan. Se trata de llegar a ellos y de explicar el porqué de cada uno.

Luego, con ese material desarrollado por usted, sería de sumo valor intercambiar opiniones con otros adultos, a fin de reflexionar en torno lo que sucede a las y los jóvenes en el contexto contemporáneo. Si en esa reflexión son incluidos adolescentes, mucho mejor para continuar en este diálogo con las nuevas generaciones.

La socialidad

Nadie se construye a sí mismo o a sí misma sin los otros. Existen imágenes que nos muestras a adolescentes aislados del mundo, insertos en una suerte de romanticismo que los vuelve soñadores y distantes de los demás. Pero en los hechos el peso del grupo, de los pares, es fundamental en este período de la vida. Ese descubrimiento de los demás como seres en los cuales puede uno encontrar apoyo y espacios de interacción e identificación, es maravilloso si se piensa en el disfrute del compartir, en cualquier etapa de la vida. Las amistades, las vivencias del grupo, los juegos de palabras, las exploraciones de lugares más allá de los cotidianos, forman parte de un crecimiento imposible de frenar.

A partir de allí se abren los caminos hacia la pareja, hacia el anhelo de construir una comunidad de seres, hacia el sentimiento de amistad y hacia la necesidad de compartir la

vida con los demás. Estamos ante una construcción individual y social que necesita todo el apoyo para concretarse. Sin duda hay límites, porque la orientación de los adultos es necesaria en los primeros pasos, pero si no se comprende ese anhelo de sociedad se puede hacer mucho daño a la búsqueda irresistible de interacción y de incorporación a un espacio de iguales.

Las voces de las y los adolescentes son también, y de manera fundamental, grupales. Cuando no se los reconoce en su cultura, en su modo de ser y de relacionarse, cuando se los juzga desde el discurso identitario y desde una mirada adultocéntrica, no sólo se niega a cada persona, sino también a grupos que constituyen una franja importante en el contexto social. No es posible juzgar a cada adolescente en particular sin dirigir la mirada hacia lo grupal.

Síntesis

La imagen de una adolescencia despreocupada, ajena a todo lo que sucede en la sociedad, dedicada sólo a mirarse a sí misma y a gozar sin importarle nada, constituye un estereotipo más de los tantos que circulan en nuestro medio. Mediante esa imagen, se deja de lado la complejidad de la adolescencia, el hecho, como veíamos antes, de las muchas adolescencias existentes en cada país; se niega reconocimiento a la presencia de adolescentes en trabajos comunitarios, en el voluntariado, en movimientos de iglesia, en el deporte, en el apoyo a la economía familiar, en redes solidarias; se pretende que una versión acomodada de la adolescencia es toda la adolescencia, como si una minoría tuviera la representación de la totalidad.

Nosotros no estamos de acuerdo con esas miradas. Hay en la sociedad más riqueza de socialidad que la que pretenden tales versiones. Por eso nuestra invitación a identificar y escuchar las voces adolescentes. Incluso en los medios de comunicación éstas han comenzado asomar desde hace algunos años para reclamar por sus derechos y por una

sociedad más digna, como lo muestran programas de radio y expresiones de distintas organizaciones juveniles.

El problema no es la adolescencia, **el problema es lo que los adultos hacemos con la sociedad** y con quienes necesitan de espacios para construirse y para crecer.

5. Adolescencia, ciudadanía y democratización

Primer punto para un diálogo entre adultos: la participación y la democratización no están resueltas a escala de nuestras sociedades, tenemos muchos problemas a la hora de hacer valer nuestras decisiones en el plano político y también en el plano institucional. Y la participación tampoco está resuelta en el seno de las familias. No podemos dejar de reconocer la presencia del discurso identitario, de la violencia directa, ejercida en muchos casos por una figura dominante en el espacio de la vida cotidiana.

Recordemos lo expresado al comienzo de este texto: la ciudadanía comienza a construirse desde la primera infancia:

> la formación de un futuro ciudadano entendido como alguien capaz de integrarse creativamente en determinado contexto, dueño de sus derechos y de sus capacidades para gozar de los beneficios de la sociedad y de aportar sus mejores energías, se vienen gestando desde la más temprana niñez.

Si la sociedad ha sido hasta el presente lo que los adultos han querido que sea, para bien o para mal, y si a éstos (nosotros, todos nosotros) les falta mucho para poder decir que forman parte de ámbitos participativos y democráticos, no podría en principio esperarse demasiado de las nuevas generaciones.

Sin embargo, esa primera visión no puede representar todo lo que sucede en nuestras sociedades. De ser así, no habrían surgido iniciativas como la Ley General de la Personas Joven en Costa Rica, ni el Código de Niñez y Adolescencia de Ecuador. En el caso de este país, la propuesta se cimentó en un procesos de cinco años en

el cual se involucraron activamente organizaciones sociales, el propio estado y organismos internacionales, que no dejaron de tomar en cuenta la voz de las y los adolescentes.

Estamos ante una situación nada sencilla y por momentos poco alentadora, pero los esfuerzos por lograr una sociedad diferente en lo que a la participación y la democratización se refiere, continúan sin pausa.

Veamos algunos de los temas centrales de este debate.

El Código de Niñez y Adolescencia de Ecuador está organizado en varios capítulos que muestran los alcances de la temática. El primero se refiere a la capacidad jurídica de niños y adolescentes, en el sentido de pasar de la consideración tradicional de los mismos como objetos pasivos a sujetos de derechos y obligaciones. El tercero plantea un sistema nacional descentralizado de Protección Integral de la Niñez y la Adolescencia, con el involucramiento de familias y organizaciones más cercanas a la vida cotidiana. El cuarto dedica la atención a la forma de juzgar a los adolescentes infractores, en la línea de la rehabilitación y no del castigo, es decir, tomando en consideración la educación y la reintegración social.

En definitiva, como veremos en otro ejemplo, lo que está en juego es la corresponsabilidad de la sociedad toda (incluidos los mismos niños y adolescentes) por los grupos que vienen abriéndose camino en la vida.

En el caso de Costa Rica destaca la Ley General de la Persona Joven, dirigida a propiciar la participación política, social y económica en condiciones de solidaridad, equidad y bienestar. Se impulsa el desarrollo integral de la persona joven mediante “el ejercicio efectivo de sus derechos y el acceso democrático a las oportunidades que el estado garantiza por medio de las instituciones”.

Se reconoce al joven como actor social e individual, desde el punto de vista de su integralidad: valores, creencias, tradiciones, juicio crítico, creatividad, educación, cultura, salud y vocación laboral. La juventud es considerada un grupo social con capacidad de hacer aportes diferentes o complementarios de los adultos.

Podríamos ampliar los ejemplos, el hecho de que se esté trabajando desde el punto de vista de la legislación significa que en el mundo adulto hay una preocupación por las y los adolescentes. Pero a la vez estos también impulsan cambios desde su iniciativa y desde su capacidad.

Para practicar

¿Reconocemos iniciativas legales?

Nuestra vida está fuertemente regulada por cuerpos legales que en general conocemos muy poco. Sabemos que existen y tenemos conciencia de los límites de nuestra conducta, pero a menudo no podemos dar cuenta de muchas reglamentaciones y de los detalles de las mismas.

En el caso de lo que se viene planteando para profundizar en los derechos de las y los adolescentes, suele repetirse esa situación, con el agravante, en muchos casos, de un total desconocimiento.

Le sugerimos, si es posible mediante un trabajo grupal, que acuda a alguno de los espacios en los cuales se trabaja a favor de la adolescencia para conocer y analizar esos reglamentos. Será de sumo valor que en esa búsqueda se incorporen también las y los jóvenes, para revisar con ellos la documentación y reflexionar sobre el alcance de sus derechos y obligaciones.

¿Por qué los derechos?

Los derechos están siempre en relación con determinadas necesidades. Aquéllos se generan cuando éstas son reconocidas. A veces, cuando un adulto se acerca a una lectura de los derechos, sucede que algunos no aparecen como importantes porque no se los considera como correspondientes a una necesidad. Hemos podido apreciar esto en reiteradas oportunidades al hablar del derecho a la expresión. Se ven como más tangibles el derecho a una identidad, a una vida digna, a una vivienda, a la alimentación, pero eso de expresarse suele aparecer como algo no tan necesario.

Esa falta de reconocimiento lleva al cierre de la posibilidad de comprensión del valor de determinados derechos, lo que en definitiva restringe, desde la mirada adulta, el ámbito de acción de las y los adolescentes: puesto que tú no necesitas de esto, a qué me vienes ahora con que se trata de un derecho.

Colocar los derechos en clave de necesidad es fundamental para comprender a la adolescencia y a la vez para abrir espacios de diálogo con quienes la viven. Veremos a continuación distintas necesidades que repercuten en derechos:

- de seguridad;
- de confianza;
- de oportunidades de existencia física y emocional
- de comunicación y convivencia;
- de solidarizar las relaciones;
- de la fiesta del lenguaje;
- de apropiación de la corporalidad;
- de los lúdico;
- de la aventura.

Todas ellas representan caminos para la construcción de la participación y la ciudadanía. Mal puede, por ejemplo, aspirar a ubicarse con toda solidez en el seno de las relaciones sociales quien ha sido criado en una constante inseguridad. Incluso lo lúdico tiene que ver con esa construcción, porque está ligado a la alegría en la vida, a sentirse bien con los demás, a la interacción creativa, al goce con la compañía de los semejantes. Veremos a continuación estas necesidades y trataremos de comprenderlas en el horizonte de la construcción de cada adolescente como sujeto social.

Necesidad de seguridad

Aún cuando en la adolescencia se produce un necesario distanciamiento (para poder crecer) de los adultos, eso no significa que se abandone esta necesidad, referida a la existencia de cada ser humano. Nos referimos a la seguridad en el calor de otro cuerpo, desde el nacimiento, del alimento, de la higiene, del espacio propio, de sentirse cobijado por los mayores. Verdad que no se trata de estar siempre al abrigo en el sentido de no destetarse nunca, de permanecer como un apéndice de otro, **pero a la vez esa relación basada en el apoyo es reclamada una y otra vez no sólo durante la adolescencia, sino en años posteriores a ella**.

Podemos decirlo de esta manera: no se colabora para nada con las y los adolescentes abandonándolos.

Necesidad de abrigo, en el sentido de "crecer al abrigo de…"

La palabra abrigo se refiere aquí a refugio, amparo. Podemos llevarla a la forma verbal: abrigar, cobijar. Desde el enfoque que hemos venido planteando en este texto, corresponde pensar en la necesidad de:

- crecer al abrigo del amor y de la ternura;

- crecer al abrigo de las necesidades básicas satisfechas;
- crecer al abrigo de la interacción y la escucha.

Todo esto tiene que ver con lo dicho en relación con el abandono. Cuando alguien crece bajo tales formas de abrigo, se siente acompañado por los adultos. Cuando tal abrigo falta, se viven esas carencias como bases para la construcción de la identidad, con todo lo que ello implica.

Necesidad de confianza (cum fides, con fe)

Crecer en un ambiente rico en abrigo, en seguridad, en amor, permite el desarrollo de más confianza, en uno mismo, en los otros, en el mundo. El crecimiento así entendido se sitúa en el terreno de la fe, fe en mi mismo, fe en los otros.

En el mundo de la educación se viene hablando desde hace más de una década de la importancia de lograr, como resultado de los procesos de enseñanza y aprendizaje, una persona con capacidad de tomar decisiones, de moverse en distintos escenarios con agilidad, de cambiar incluso de profesión cuando así lo requiera el mercado… Para eso hace falta una enorme confianza en una y en uno mismo. Pero la misma no nace de la noche a la mañana, no se la improvisa en un curso, es producto de un largo proceso que arranca en la niñez y adquiere suma importancia a la hora de la adolescencia.

Además de esa línea referida al logro como profesional o trabajador, la confianza es el elemento básico para construir democracia, civilización, ciudadanía. Sin ella no hay modo de cimentar relaciones fluidas y solidarias. Cuando en un grupo cunde la desconfianza, nada se logra sino una ruptura a corto plazo o un juego de simulaciones.

Consideramos capital la satisfacción de esta necesidad de confianza para el sostenimiento de la vida en sociedad.

Oportunidades de existencia física y emocional

Las primeras están claras. Aunque tal claridad no significa que en los hechos se las ofrezca, como lo muestran a escala de cada país y de la región en general las grandes desigualdades en la distribución de la riqueza y en el acceso a condiciones dignas de vida.

La existencia emocional depende directamente del trato, desde los primeros contactos con otros seres y a través de una historia personal de años. Hacer referencia a la necesidad de existencia emocional, significa el reconocimiento de una faceta esencial de cada ser humano. Las emociones nos constituyen profundamente y buena parte de nuestras acciones, si no todas, están impregnadas de ellas. La adolescencia es también el tiempo del florecimiento de nuevas emociones, de manera especial por el modo de verse a sí misma o a sí mismo y de sentir a las y los demás. Esto se evidencia en lo que despierta el grupo de pares, como ámbito de socialización, de pertenencia y de reconocimiento.

Necesidad de comunicación y convivencia

Es imposible no reconocer en cada sujeto a un ser de comunicación. Pero junto a ello nos toca reconocer también distintas formas de estar construido en esa línea, distintos modos de abrirse o de cerrarse al mundo, a los demás y a uno mismo. Todo ello, aunque no como algo mecánico, tiene raíces profundas en la vida cotidiana, la de los primeros años y la actual. Hay experiencias comunicativas enriquecedoras y otras que pueden llegar a ser muy destructivas.

Es en ese contexto de sentido o de sin-sentido donde nos vamos construyendo en nuestra capacidad de comunicarnos con el mundo, con los demás y con nosotros mismos. Cuando existen las mínimas condiciones materiales y las máximas condiciones espirituales, esa construcción avanza sin tropiezos, plena de sentido para todos quienes comparten la vida

cotidiana. No pretendo idealizar nada, pero conocemos familias, ámbitos escolares y de trabajo en los cuales ha sido posible un clima de convivencia y de crecimiento, con tiempo para el diálogo, para el juego de palabras, para compartir. En contextos humanos semejantes, la siembra destinada a desarrollar la capacidad de comunicarnos da siempre sus frutos.

Reconocemos la necesidad de una comunicación centrada en la expresión, en la seguridad de las primeras palabras, en el juego de las miradas y las caricias. Comunicación como **sustento de la convivencia cotidiana, en el sentido de lo que significa compartir la existencia.** Se distingue casi desde lejos a un ser criado, crecido, en un rico ambiente comunicacional, por la seguridad de sus gestos y palabras, por la alegría que irradian sus ojos, por la soltura con que se expresan la corporalidad y el discurso verbal.

Necesidad de la fiesta del lenguaje

Retomo un fragmento de un libro escrito en la década del 90:

"¿Y si el lenguaje fuera también una fiesta? ¿Y si los medios de comunicación basaran sus éxitos, sobre todo entre los niños y jóvenes, en una capacidad de recrear continuamente la fiesta del lenguaje? Avancemos con cuidado. Estoy proponiendo una expresión compuesta de dos elementos fundamentales: fiesta y lenguaje. Comencemos por el segundo. Un lenguaje se juega no sólo para indicar algo, para proclamar o influir. Un lenguaje constituye aún para el ser más humilde de la tierra, un espacio de creatividad, de juego, de espontaneidad. Los recursos expresivos constituyen modos de mostrarnos a los demás, modos no solo de decir algo, de intentar influir en alguien, sino también formas de abrirnos un espacio entre los demás: de ser, de creación, es el más literal sentido de estos términos."

(Daniel Prieto Castillo, *La fiesta del lenguaje*)

Reconocemos la fiesta del lenguaje en la poesía, en el retruécano, en el chiste, en el juego de palabras, en el sentido de oportunidad, en el uso de diminutivos y exageraciones, en el relato, en el canto… **La reconocemos en el lenguaje como expresión de la alegría.**

Para las y los adolescentes esa maravillosa vertiente del discurso de los seres humanos constituye un camino para la relación, tanto por lo temas que se van tocando como por la manera de tocarlos. Surgen incluso términos que sólo se utilizan en el grupo, surgen expresiones sólo para ser compartidas con los pares. Y entra aquí el enorme ámbito de la canción.

Necesidad de apropiación de la corporalidad

Retomo un texto de fines de la década del 90, *Comunicación y vida cotidiana*:

"Imaginemos a dos seres vivos, uno en el seno del otro. Dos cuerpos en total simbiosis, uno en mundo acuático, creciendo en dirección a la luz, el otro moviéndose por la vida. Cada vez sabemos más de lo que se comunican: no sólo los elementos orgánicos para asegurar el crecimiento, sino también estados de ánimo, vibraciones musicales, tensiones, alegrías...

Luego, cuando esos seres se han separado, la comunicación corporal continúa: el calor del pecho materno, la succión en el amamantamiento, las caricias, la mano tendida para acompañar los primeros pasos. Y a ello se añaden el temprano desarrollo de la gestualidad y la maravillosa danza de la mirada. Los ojos y los labios son la luz del cuerpo, a través de ellos irradiamos afectos y alegrías, miedos y sufrimientos, risas y llanto.

Nuestra vida cotidiana está atravesada por la corporalidad. No sólo en la relación con los hijos, sino también en la sexualidad, en el abrazo y la caricia donde los cuerpos se confunden.

Una adecuada construcción de la comunicación corporal abre el camino a seres más seguros de sí mismos, con mayor autoestima y reconocimiento de su propio cuerpo y de la relación con el ajeno."

La relación con el propio cuerpo cambia profundamente durante la adolescencia. **Hay un derecho a la corporalidad** que en algunos contextos o es negado o es sometido a la indiferencia, cuando no al miedo.

Necesidad de lo lúdico

Se continúa asociando el juego a la niñez, pero la necesidad de hacerlo parte de la propia vida se extiende a lo largo de toda la vida. Lo básico en este punto es que no hay un corte entre niñez y adolescencia, como si al aparecer ésta desaparecieran la tendencia, el derecho, el anhelo de jugar.

Ha sido reconocida desde hace tiempo lo que significa la construcción del propio ser a través del juego, de manera especial por lo que significan las interacciones, la socialización que el mismo permite.

El juego sigue teniendo sentido más allá de la infancia, aunque vayan variando sus formas, porque siempre representa un modo de orientar energías, de abrirse a la creatividad y de recuperar la corporalidad.

No es excluyendo la dimensión lúdica como se logra una pretendida maduración de las y los adolescentes.

Necesidad de la aventura

El término *aventura* suele ser utilizado en la vida cotidiana de modo despectivo, en el sentido de algo que se puede vivir sin control, con las consabidas consecuencias. Sin embargo, la palabra alcanza otro sentido cuando se la relaciona con el verbo: aventurar significa arriesgar, comprometerse, atreverse.

En el desarrollo de la adolescencia se viven la aventura de conocer, la aventura de la relación con los otros, del grupo, del mutuo reconocimiento, del descubrimiento de los espacios, de la intimidad, del secreto, del amor, entre tantas otras preciosas posibilidades.

De las necesidades a los derechos

Las necesidades que hemos presentado podrían aparecer como diferentes de las que se plantean a la hora de presentar los derechos de niñas, niños y adolescentes. Pero para nosotros son fundamentales a la hora de pensar precisamente en tales derechos. Porque éstos se construyen a partir de seres bien construidos. No se puede aspirar a la democratización y la participación sin concretar el derecho a la seguridad, al abrigo, a la confianza, a la comunicación y la convivencia, a la fiesta del lenguaje, a la corporalidad, a lo lúdico y a la aventura.

No pretendemos con estos últimos agotar algo tan complejo como la conformación de un ser humano, pero nos interesa aquí insistir en que forman parte indisoluble de una buena apropiación de las propias posibilidades para abrirse camino en la vida.

Para practicar

Reconozcamos necesidades y derechos

Una temática como la que venimos desarrollando, incluida en este último capítulo "Adolescencia, ciudadanía y democratización", representa un acercamiento a la

vida cotidiana de las y los jóvenes. En ese sentido le pedimos ahora que dialogue con un grupo de ellos para tocar algunos de los puntos presentados como necesidades.

Le sugerimos preparar muy bien el encuentro. Sería de sumo valor que antes de realizarlo los participantes hayan leído el documento que le presentamos, es decir, el de las paginas anteriores que arranca con la "necesidad de seguridad", o una explicación suya de los temas, a fin de que se tenga claridad en el sentido de la propuesta.

Se trata de dialogar sobre si tales necesidades existen para ellas y ellos y si las consideran importantes. Además, qué está sucediendo en la vida diaria con respecto a esos puntos.

Por experiencias que conocemos, le anticipamos que se generará un buen momento de conversación e incluso de discusión. Ello porque las necesidades ponen la lectura del propio ser en términos muy cercanos, con lo que afloran rápidamente, si se crea el clima adecuado, ejemplos, vivencias y también críticas.

Por supuesto que estas últimas tienen mucho valor y todo el sentido. Además de ellas, sería importante que las y los participantes propusieran qué hacer para el desarrollo de los derechos derivados de las mismas.

La participación en clave pedagógica

Como indicamos al comienzo de este texto, nuestros principales interlocutores son los adultos, padres y madres de familia, y quienes por sus prácticas profesionales y su vocación se relacionan con las y los adolescentes. Si abrimos este diálogo, es porque pretendemos compartir con personas adultas nuestra mirada sobre la adolescencia, a la

vez que aprender de lo que cada una y cada uno de ustedes aporta, en un intercambio de experiencias y de puntos de vista.

Hemos insistido en más de un momento en que trabajamos desde la mirada de personas adultas. Ahora volvemos sobre esto, porque pretendemos recuperar para la reflexión y para la práctica un concepto que aparece como muy alejado de lo que le toca hacer a padres y madres, al menos en nuestro tiempo. Nos referimos a la **tarea pedagógica**. Años atrás se hablaba mucho de ella, pero de a poco se la fue relegando sólo al ámbito escolar. Nosotros pretendemos, con toda convicción, retomarla **como parte fundamental de nuestra responsabilidad** de adultas y adultos hacia las y los adolescentes.

Hemos insistido también en lo que significa el abandono en esas edades cruciales para la construcción del propio ser. En los intentos de superar el abandono, podría aparecer como innecesario ocuparse de la cuestión pedagógica. Sin embargo, consideramos que ésta tiene un rol central en tal tarea, a los adultos, además de lo que puede hacerse en los establecimientos pedagógicos, nos corresponde asumir nuestro papel de educadoras y educadores de nuestras hijas e hijos.

No estamos pidiéndole a esta altura que comience a estudiar como maestro o maestra de escuela. Lo que nos interesa es invitarla, invitarlo a compartir algunos conceptos y formas de relación correspondientes a la mirada pedagógica, que pueden ser de suma utilidad para cumplir con la responsabilidad a la que aludimos anteriormente.

La adolescencia, contrariamente a lo que nos dicen y muestran los medios de comunicación social, es una etapa de constante aprendizaje. Si no la leemos desde este último poco y nada podremos entender de ella. La pasión por aprender se despierta con toda fuerza, lo que sucede es que a menudo restringimos todo al ámbito de la escuela, cuando para quienes ingresan a esas edades y a esas formas de percibir y ver la vida,

resulta capital incorporar mundo, seres humanos, cultura para conformar la propia identidad.

No podemos dejar el aprendizaje en el terreno sólo de las cuestiones propias de la enseñanza media. Lo que está en juego aquí es una apertura a la vida que estalla en todas direcciones y que necesita información, modelos sociales, espacios de interacción, manifestaciones culturales de todo tipo para conformarse. Dejar de lado el fundamental aspecto del aprendizaje es abandonar otra vez a las y los adolescentes.

Es allí, en esa pasión por aprender, que podemos los adultos ofrecer nuestro apoyo, sin caer en actitudes pedagógicas tradicionales, en el sentido de la clase expositiva o del discurso lleno de moralejas.

Podemos detenernos en esa pasión por aprender a través de un ejemplo: la Red de Comunicación de la Niñez y la Adolescencia Nicaragüense. Recuperemos sus propias palabras, para apreciar lo que se plantean sus integrantes en relación con ellos mismos y con la sociedad:

> "Somos niños, niñas y adolescentes tal y como somos sin que nadie nos obligue a ser como ellos quieren. Nos identificamos como personas que cumplimos lo que nos proponemos. Somos chavalas y chavalos comunicativos, activos y responsables, que creen que pueden opinar. Somos una red muy comunicativa y sobre todo muy participativa.
>
> Somos chavalos y chavalas muy creativas, honradas e inteligentes, con entusiasmo, disciplinados y optimistas y con un propósito: alcanzar metas que nos lleven a una vida mejor y a una mejor relación con los demás.

Nuestra misión: llevar lo que aprendemos para capacitar a otros, y así multiplicar al doble los conocimientos y las personas.

Necesitamos: adquirir más conocimientos sobre las temáticas cotidianas que vivimos los y las chavalas para ser conscientes de que somos sujetos de derechos y que valemos igual que las demás personas (adultas) y tratar de transmitir los conocimientos adquiridos hacia los demás chavalos y chavalas y lograr una buena comunicación, sin importar género, clase social, etc."

¿Nos necesitan las y los adolescentes para cumplir anhelos como los expresado por los miembros de la Red? ¿No será que debemos dejarlos caminar solos para que encuentren su camino y saquen adelante desde sí mismos todos sus propósitos?

Consideramos que es siempre posible el acompañamiento de personas adultas, siempre que el mismo sea respetuoso, sin imposiciones abiertas o sutiles, sin manipulación, sin imposición de modelos y percepciones ajenas a sus edades y a sus alegrías. No es sencillo lograr un acompañamiento de ese tipo, avanzar hacia un constante encuentro, ofrecerse para acompañar y dejar ser y crecer, y no para controlar. (Agradezco a Renato Joya sus sugerencias sobre estos puntos).

Aspiramos a una mediación pedagógica respetuosa de ese período de la vida. A continuación presentaremos alternativas para acompañar a las y los adolescentes en su impulso hacia el aprendizaje.

Mediación pedagógica para la participación

Le proponemos en primer lugar el concepto de **mediación pedagógica**, que comenzamos a utilizar en Centroamérica desde fines de la década del 80. Su caracterización es muy sencilla:

La promoción y el acompañamiento del aprendizaje.

Con Francisco Gutiérrez Pérez trabajamos esa propuesta a partir de experiencias vividas en Guatemala, en los últimos años de la década de 1990, con estudiantes de la Universidad Rafael Landívar, en una primera instancia, y luego en distintos proyectos, tanto en el plano de la educación formal como en la no formal.

Caracterizamos la mediación pedagógica como la promoción y el acompañamiento del aprendizaje, partiendo de que muchos proyectos educativos se desentienden precisamente del aprendizaje de los estudiantes. Y si esto ocurre en las aulas, con mucha más fuerza se produce en el seno de las familias.

Los dos verbos incluidos en la definición aparecen como muy sencillos: *promover y acompañar*. Con su sencillez, encierran toda una forma de entender la educación. La promoción significa el esfuerzo de interesar, de entusiasmar, de motivar al otro para que aprenda o para que oriente sus deseos de aprender. Esto no quiere decir que de parte de los adultos deberán venir discursos dirigidos a imponer en qué dirección deberá ir el aprendizaje. Uno, como adulto, promueve cuando escucha, cuando se interesa por lo que van construyendo las y los adolescentes a través del aprendizaje, cuando ofrece apoyo para organizar una reunión o para buscar más información.

Por eso la cuestión del acompañamiento. Además del entusiasmo, es preciso ir más allá del momento para seguir en comunicación, para hacer sentir que uno o una está ahí, con todo lo que ello implica para no sentirse abandonado o abandonada.

Promover y acompañar sin imponer y sin contaminarse de formas tradicionales de educación, consistentes en el esfuerzo de inyectar contenidos y entusiasmos a los estudiantes.

Las y los adolescentes necesitan crecer en libertad, hacerse dueñas y dueños de sus energías y sus capacidades. Sin esa libertad no hay promoción ni acompañamiento posibles. La clave de la participación es la libertad, sin un abandono por parte de los adultos.

Pero la mediación pedagógica va más allá.

Tender puentes

Además de la promoción y el acompañamiento, la mediación pedagógica consiste en la tarea de tender puentes para el aprendizaje. Cuando éstos no existen en el sistema escolar, asistimos a formas de exclusión. Un caso clarísimo de esto corresponde al ingreso a la universidad, con nuestros jóvenes teóricamente saliendo de la adolescencia. En varios países de la región se producen abandonos muy elevados en el primer año de estudios, debido al abismo que separa la enseñanza media de la universitaria. Una de las causas de tal abandono es la ausencia de puentes: las y los alumnos son sometidos a terminologías y abstracciones para las cuales no están preparados. **En educación se parte siempre de lo cercano a lo lejano**, y lo más cercano es siempre cada persona, cada estudiante en este caso. La mediación significa la tarea de acercarse y desde ese acercamiento ofrecer caminos para el aprendizaje, Llamamos tender puentes a ese acercamiento.

> Puentes entre lo que se sabe y no se sabe; lo vivido y lo por vivir; lo sentido y lo por sentir; puentes entre personas, puentes con materiales de estudio, puentes con la comunidad, con el contexto más lejano…

Los puentes pedagógicos no se construyen en el aire. **De un lado hay seres humanos, del otro hay también seres humanos**. Los cimientos de los puentes están en quienes buscan aprender y en quienes intentan aportar algo para promover y acompañar el aprendizaje.

Hemos dado ejemplos de abandono en el ámbito de la educación. Pero también podemos ilustrar esta tarea fundamental en el caso de la vida más cercana: la de la familia. ¿Qué sucede en este ámbito con el aprendizaje de la sexualidad? ¿Qué con relación al embarazo temprano, a los riesgos del SIDA, a la posibilidad de construir una relación amorosa? **Suceden a menudo, muy a menudo, la desinformación, el desconocimiento,** la falta de una mínima comunicación para atreverse a esas temáticas tan determinantes de la vida futura.

La confianza

La mediación pedagógica se sostiene en la confianza. Decimos con toda fuerza:

> No se puede aprender gran cosa de alguien en quién no se cree.
> No se puede enseñar gran cosa a alguien en quién no se cree.

La educación es, en esencia, un acto de fe. Después todo lo demás. Educación en el seno de la escuela y en el seno de la familia.

La mediación pedagógica supone la eliminación de la mirada adultocéntrica. Porque si un puente se construye de ambos lados de la relación, no es posible reducir a las y los adolescentes a tránsito, a pura exterioridad, a otro sin nada que aportar, como lo quiere el discurso identitario.

Resulta humillante para la energía de las y los adolescentes, para su capacidad de imaginar y de crear, para su madurez, una educación carente de entusiasmo y de voluntad de comunicación, centrada en una entropía continua, en un inmovilismo que pretende legitimarse en la palabra del adulto dicha casi sin respuestas, o bien sometida a

la respuesta esperada: tú hablas como yo hablo, tú dices lo que yo digo, y habrás aprendido.

Sin renunciar a la misión educadora de una generación sobre otra, la mediación pedagógica apuesta, para sistemas educativos y familias, por el aprendiz, por el aprendizaje entendido como:

> la apropiación de las posibilidades de la cultura y de uno mismo, como construcción de conocimientos y de relaciones, pero fundamentalmente como construcción de uno mismo; construir en el terreno del aprendizaje es, en primer lugar, construirse.

La mediación pedagógica tiene como centro de su práctica lo siguiente:

> partir del otro.

Y el otro, en nuestro caso las y los adolescentes, posee una cultura, dada por su edad, por su situación social, por lo que ha venido atesorando a lo largo de su existencia, por corta que ésta sea. La mediación pedagógica pide del educador maestro y del educador padre o madre de familia:

> ser culto en la cultura del otro.

Ser culto para construir desde ella y con ella. La cultura adolescente no se explica desde los viejos esquemas de las etapas del desarrollo, sea cual fuere el signo de los mismos. Se explica desde las relaciones vividas por las y los adolescentes, desde su inserción en el mundo rural y urbano, desde su música y sus símbolos, desde sus encuentros y conflictos, desde su percepción y su situación en el espacio de una sociedad tan compleja y a menudo tan cruel como la nuestra, desde el uso que hacen de la cultura mediática, desde su corporalidad, desde su lenguaje.

El necesario aprendizaje de la cultura adolescente por parte de nosotros, los adultos, no se improvisa, no es el producto de alguna lectura o de alguna conversación o un taller. La mediación pedagógica tiene sentido sí y sólo sí se la vive en la relación directa. En realidad, estamos ante la maravillosa propuesta de Simón Rodríguez:

> "Todo aprendizaje es un interaprendizaje."

Buscamos promover y acompañar el aprendizaje, aprendiendo de nuestros interlocutores. Los adultos no sólo tienen que aprender contenidos más o menos científicos para comunicarlos, **su aprendizaje más necesario, más constante, es el de la vida misma** y eso significa relaciones sostenidas, espacios de encuentro y de interaprendizaje.

La mediación pedagógica consiste en la promoción y el acompañamiento del aprendizaje exactamente hasta cuando deja de ser necesaria, hasta cuando los puentes se construyen por la iniciativa del mismo aprendiz y por el apoyo entre pares, en la hermosa aventura de hacerse cargo de las propias fuerzas, de la energía y la creatividad que cada uno lleva en su seno.

Y entre las y los adolescentes

El acompañamiento se vive también entre quienes comparten ese período de la vida. Veamos lo que significa la comunicación y la relación, a través de una carta dirigida a su compañero por una muchacha de Zaire:

"Aliéntame a estudiar y a adquirir conocimientos, de modo que mis hermanas y yo no estemos desperdiciadas como resultado de la ignorancia y el analfabetismo. Algún día seré una madre, la fuente primordial de conocimientos para nuestros hijos, la que les

enseñará acerca de la virtud, los exhortará a esforzarse por ser perfectos y adquirir buenos modales; la que los alentará a ser firmes, decididos y constantes y a perseverar frente a la adversidad, de modo que puedan permanecer en el camino del progreso, poniéndolos en guardia contra los valores antisociales; la que los conformará como seres útiles y no como sociópatas. ¡Ayúdame¡"[6]

Y un ejemplo tomado del contexto Centroamericano, la declaración del Primer Encuentro Regional de Niñez Comunicadora, realizado en San Salvador en noviembre de 2002. Veamos un fragmento de ese documento elaborado por las y los participantes:

> Partimos de que los niños, niñas y adolescentes somos:
> Listos, activos o hiperactivos, amables, respetuosos, discretos.
> Tenemos estilo, creatividad, inventiva y metas originales.
> Tenemos diferentes acentos y creencias.
> Somos comelones y comemos diferentes comidas.
> Nos gusta expresarnos y tener espacios donde mandemos.
> Somos sensibles.
> Somos humanos y nos equivocamos.
> Nos gusta la música (rap, regge, pop, romántica), la escuchamos y la producimos.
> Nos gusta que nos acepten como somos. Somos únicos y únicas.
> Somos inconfundibles, especiales.
> Somos auténticos, no simbólicos, porque participamos.
> Somos lindos, mestizos y así nos gustamos.
> Somos terribles… para las personas adultas.

Esas son las palabras de seres que construyen su comunicación en libertad, en ese juego maravilloso que hemos denominado fiesta del lenguaje.

---

[6] Fondo de Población de las Naciones Unidas, *La perspectiva de los jóvenes*, Nueva York, 1997.

Síntesis

Consideramos un elemento clave de este capítulo el reconocer las necesidades como base de los derechos. A menudo se tiende a plantear éstos como si no tuvieran relación con lo que las y los adolescentes sientes y perciben. Cuando se dialoga con ellos y se coloca en primer lugar las necesidades, rápidamente se pasa de ellas a la toma de conciencia de los derechos.

Hemos propuesto derechos que no suelen aparecer en las reflexiones sobre nuestras y nuestros jóvenes. Por ejemplo, cuando hablamos de la necesidad de la fiesta del lenguaje estamos haciendo referencia a un derecho a esa fiesta en la vida cotidiana, en la convivencia, en la construcción de la propia identidad. No creemos en los caminos adustos, serios en exceso para apoyar a las y los adolescentes en su construcción personal y grupal. Hay en ellas y ellos demasiada energía, demasiada alegría, como para dejarse llevar por versiones adultas que desconfían de la fiesta de la palabra y del encuentro.

Por eso hablamos también de lo lúdico y de la aventura. Para vivir a plenitud esos años de la vida es preciso dejarse llevar por esa capacidad de juego que viene desde la niñez y que no desaparece para nada. Y es preciso animarse a aventurar las propias palabras, las propias opiniones, las propias percepciones, las propias relaciones. Si se frena todo esto, se está frustrando una de las formas más ricas de desarrollo personal y grupal.

La propuesta pedagógica que hacemos al final de la unidad no pretende volver la mirada hacia formas autoritarias o esclerosadas de educación. Cuando nos referimos a la mediación como promoción y acompañamiento del aprendizaje, nos referimos a caminos diferentes, en dirección a un encuentro con quienes todavía necesitan de nosotros, pero en calidad de compañeros del camino, con más experiencia y conocimientos, pero con igual entusiasmo por la vida y por el futuro.

No creemos ni en las prédicas, ni en las poses de educador, ni en las lecciones que marcarán para siempre a alguien. Creemos en el encuentro cotidiano, en la relación serena, en la alegría de compartir y de sentir a los demás.

A modo de despedida

Desde un comienzo, cuando lo invitamos a caminar juntos a través de estas páginas, nos propusimos dialogar sobre la adolescencia sin caer en estereotipos y con todo el propósito de no dejarnos llevar por las tentaciones del discurso identitario.

Por eso comenzamos por el contexto. No es posible entender a nuestras y nuestros jóvenes como si estuvieran aislados de las relaciones sociales general y de las familiares. Ni a nosotros tampoco. El peso de lo que nos sucede en la vida diaria abre pistas para comprender buena parte de nuestras percepciones y conductas.

Hemos pintado un contexto complejo, difícil de sobrenadar para grandes mayorías de la población. Y lo hemos hecho para ser realistas, porque de nada vale tapar el sol con los dedos. Por eso no intentamos convencerlo a usted de que las cosas son difíciles, pero ya mejorarán, como si esto fuera cuestión de las cosas mismas. Tampoco nos lanzamos a la queja y la desesperanza. No creemos que un educador, y así nos definimos, tenga como tarea sembrar escepticismo. Ni idealismo fácil, ni desesperanza, sobre todo cuando hablamos de nuestras y nuestros adolescentes.

Nos preocupamos por lo que significan a la hora de la relación, de la interacción, las múltiples versiones que ruedan en nuestras sociedades sobre las y los adolescentes. Recordemos los límites de las versiones, ninguna de ellas puede pretender carácter de verdad absoluta sobre nadie, y mucho menos si se refiere a quienes están abriéndose a la vida con toda energía y ganas de crecer. No es con versiones venidas de cualquier parte como nos podremos comunicar con nuestras hijas e hijos. La clave de la comunicación es el acercamiento; las versiones vienen de distancias que no sabemos calcular y en general están dirigidas a crear distancias. Ninguna versión puede pretender alzarse por encima de

una persona. Cuando ello ocurre, queda fuera la vida de alguien, su posibilidad de decirnos desde sí quién es y qué espera de la vida.

Por eso en la tercera parte del texto nos abrimos a las voces adolescentes. Para qué buscar lo que alguien dice de ese periodo de la vida, si podemos escuchar a quienes lo protagonizan. Vimos de qué modo perciben el contexto, de qué manera se orientan en él, qué esperan y qué rechazan de nosotros, los adultos. Algo fundamental ha venido sucediendo en nuestro tiempo: las voces comienzan a tener más presencia, aparecen a través de algunos medios de comunicación, se manifiestan en organizaciones, en el espacio de las escuelas, en la vida social. Es cierto que todavía de manera incipiente, pero allí están, con toda su imaginación, su candidez, su alegría, su creatividad. Desde ellas podremos construir imágenes mucho más cercanas que nos permitirán dejar de lado los estereotipos propios de las versiones que hemos criticado.

Y en esa trayectoria, entramos al ejercicio de la ciudadanía y los derechos. Lo hicimos tomando en consideración las necesidades, porque sería doloroso que los derechos fueran también inventados por los adultos, cuando ellos deben responder a lo que sienten y necesitan las y los adolescentes. Si cerramos el texto con una recuperación de lo que significa la mediación pedagógica, nuestro compromiso educativo con las nuevas generaciones, es porque estamos convencidos de la necesidad de acompañarlas sin pretender controlarlas o manipularlas.

De todo lo que vimos, nos pesa mucho una de las comprobaciones de la encuesta de UNICEF:

> para un tercio de los entrevistados es poco frecuente el sentimiento de felicidad.

Que algo tan duro puede hacerse extensivo a alrededor de 30 millones de seres en nuestros países nos llena de tristeza y de preguntas. ¿Qué hacemos los adultos con las

niñas, niños y adolescentes? Detrás de ese escaso sentimiento de felicidad se mueven las asechanzas de la miseria, del abandono, de la violencia, de la indiferencia, del discurso identitario, de la desconfianza. Hay un primer derecho que puede inferirse de todo esto: el derecho a la felicidad.

Simón Rodríguez decía hacia 1830: "¿Para qué se reúnen los hombres? Para hacer menos penosa la vida."

Un poco frecuente sentimiento de felicidad muestra, en edades tan tempranas, que los adultos nos empecinamos en hacer más penosa la vida.

Escribimos este texto para proponer reflexiones en torno a la adolescencia y a sus posibilidades de participación en la vida social. Creemos con firmeza que cualquier camino que busque abrir alternativas de participación no puede estar reñido con el derecho a la felicidad. No es lícito aspirar a la construcción de la democracia y la ciudadanía desde la infelicidad. Si ésta es la aspiración de todo ser humano, en la adolescencia adquiere una importancia decisiva.

Esperamos que estas páginas hayan sido útiles para fomentar el diálogo entre adultos y con las y los adolescentes. Y sobre todo que haya aportado al reconocimiento de los derechos de quienes merecen más oportunidades de felicidad y más espacios para su torrente de vida.

Bibliografía

Baratta, Alessandro; Rivera, Sneider. *La niñez y la adolescencia en conflicto con la ley penal. El nuevo derecho penal juvenil. Un derecho para la libertad y la responsabilidad*. Ministerio de Justicia de El Salvador y PNUD, San Salvador, 1995.

Brenes, Ana. *La percepción de los adultos costarricenses sobre los derechos de la niñez y la adolescencia*, UNICEF, San José, 1998.

Defensa de los niños-internacional. *La convención internacional sobre los derechos de los niños, niñas y adolescentes. Preguntas y respuestas*. Costa Rica.

"En la democracia los niños, niñas y adolescentes también", Declaración del Primer Encuentro Regional de Niños, Niñas y Adolescentes Comunicadores, San Salvador, noviembre de 2002.

Pleitez, William y otros. *Trabajo infanto-juvenil y educación en El Salvador*, UNICEF, Instituto Salvadoreño de Protección al Menor, San Salvador, 1998.

Prieto Castillo, Daniel. *La comunicación en la educación*, Ed. Ciccus-La Crujía, Buenos Aires, 1999.

Prieto Castillo, Daniel *Todas las guerras. Reflexiones sobre la historia y la práctica de la violencia*, RNTC, San José, inédito.

Smutt, Marcela; Miranda, Jenny Lissette. *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*, FLACSO-PNUD, San Salvador, 1998.

Valverde Cerros, Oscar y otros. *Adolescencia. Protección y riesgo en Costa Rica. Múltiples aristas, una tarea de todos y todas*, Caja Costarricense de Seguro Social, San José, 2001.

UNESCO-O REALC. *Educación en América Latina y el Caribe. Diez años después de la cumbre mundial en favor de la infancia*, V Reunión Ministerial Americana sobre Infancia y Política Social, Jamaica, 2000.

Índice

1. Presentación.

Un poco de historia.

La socialización.

Contenidos del manual.

Forma de trabajo.

2. Una aproximación a la adolescencia.

Para practicar:

Partamos de su mirada.

Los contextos:

La pérdida de totalidad.

El descentramiento.

La fragmentación.

La vulnerabilidad.

El estrechamiento de los espacios públicos.

El incremento de la violencia urbana.

La velocidad.

El mundo de y para la adolescencia.

Para practicar:

Una mirada a nuestro contexto.

En torno a la cultura familiar.

Cultivo de la violencia.

Vida cotidiana.

Lo cultivado en la adolescencia.

Para practicar:

Una mirada a lo que heredan nuestros hijos.

Síntesis.

3. Versiones generalizadas en torno a la adolescencia.

Revisemos versiones.

¿La adolescencia es homogénea?

La influencia del discurso identitario.

La identificación con la violencia.

La identificación con la anomia y el desorden.

La identificación con el puro goce.

La identificación con el riesgo y la vulnerabilidad.

La condena a ser un simple tránsito.

Para practicar:

Reconozcamos el discurso identitario.

Paternalismo y control.

Invisibilidad de las distintas identidades.

Otras versiones.

Síntesis.

Para practicar:

Revisemos la cultura mediática.

4. Las voces de la adolescencia.

Para practicar:

¿Qué conoce usted de las voces adolescentes?

Las voces a escala latinoamericana.

Otras voces.

Para practicar:

Escuchemos a las y los adolescentes.

La seudoparticipación.

La construcción de la propia identidad.

Para practicar:

Sobre la construcción de la identidad.

La socialidad.

Síntesis.

5. Adolescencia, ciudadanía y democratización.

Para practicar:

¿Reconocemos iniciativas legales?

¿Por qué los derechos?

Necesidad de seguridad.

Necesidad de abrigo.

Necesidad de confianza.

Oportunidades de existencia física y emocional.

Necesidad de comunicación y convivencia.

Necesidad de la fiesta del lenguaje.

Necesidad de apropiación de la corporalidad.

Necesidad de lo lúdico.

Necesidad de la aventura.

De las necesidades a los derechos.

Para practicar:

Reconozcamos necesidades y derechos

La participación en clave pedagógica.

Mediación pedagógica para la participación.

Tender puentes.

La confianza.

Y entre las y los adolescentes.

Síntesis

A modo de despedida

Bibliografía